

MÚSICA DE PERCUSIÓN

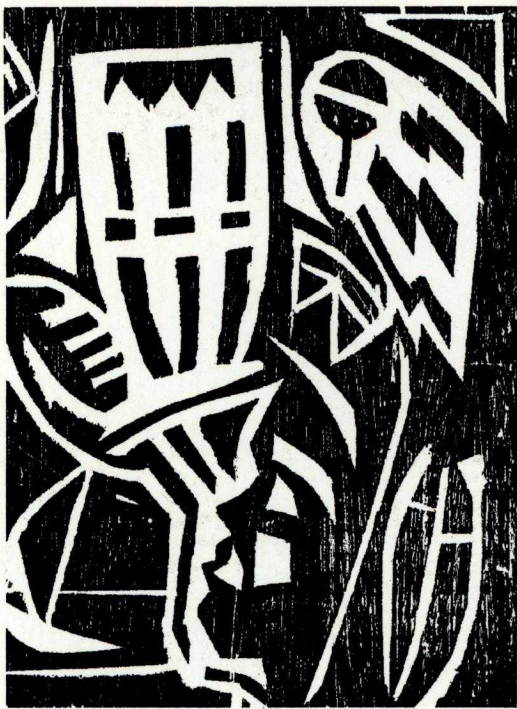
por

HELCÍAS MARTÁN GÓNGORA

XX Aniversario

prólogo y análisis arquetípico

Fredo Arias de la Canal



Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2004

MÚSICA DE PERCUSIÓN

por

Helcías Martán Góngora

XX Aniversario

prólogo y análisis arquetípico

Fredo Arias de la Canal

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2004

Primera Edición: Imprenta Departamental
del Valle del Cauca, Colombia, 1974.

© Helcias Martán Góngora

© Portada: Jesús María Arce Peña
(Xilografía)

© FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA. A. C.
Castillo del Morro 114
01930, México, D.F.
Email: ivanfah@prodigy.net.mx

MÚSICA DE PERCUSIÓN

por

Helcías Martán Góngora

(1920-84)

EL POETA DE LA SED

Así como me he atrevido a llamar a nuestro recién fallecido José Gorostiza «el poeta del agua» (Norte 248) y a Enrique González Martínez «el poeta de la soledad» (Norte 245), también me atrevo ahora a llamar a Martín Góngora (colombiano) «el poeta de la sed».

Aunque es verdad que no hay poeta que no se haya formado una adaptación inconsciente, en su primera infancia, a la idea de morir de sed o hambre, como se puede comprobar por los cientos de versos de los que han tenido la gentileza de enviarme sus poemas; aunque es verdad todo esto, hay personas que se resisten a creerlo a pesar de la abrumadora evidencia que lo demuestra. Algunos poetas, no obstante, además desarrollan los símbolos tanáticos (el morir por consunción); otros reviven la soledad que erotizan durante su sedienta infancia, algunos más intuyen la formación infantil de su masoquismo. También los hay que proyectan su deseo de devorar (terrible hambre y sed) en lobos, tigres y sobre todo en serpientes. En fin, la neurosis básica de la humanidad es el masoquismo psíquico, pero específicamente en los escritores y poetas este masoquismo estriba en el gozo inconsciente de morirse de hambre o de sed. La defensa que siempre esgrime el escritor es: «No es verdad que yo goce en la idea de morirme de hambre o de sed; al contrario, mirad cómo me doy bellas palabras (leche)». Hace 2,500 años ya Laques (*Diálogos* de Platón) utilizaba la metáfora comúnmente utilizada por todo escritor: «Estoy tan impaciente de beber en sus palabras». Martín Góngora no es la excepción: «Tu palabra descalza descendía del agua (...) Te digo ausente amada, con líquidas palabras (...) Es como si la página que escribo se inundara de lágrimas». Veamos estos versos:

He de seguir el rastro de las sombras
en cuyas soledades hay un hombre
que busca las palabras y los ríos
para extinguir la **sed de las estrellas**.

(...)

Sólo el agua conoce tu secreto,
cuerpo de mis palabras extendido
en la orilla de antiguas soledades.

(...)

Sobre la página olvidada
las letras son una colmena.

Otro gran poeta colombiano, Porfirio Barba-Jacob, dijo: «La lectura dizque es el consuelo de los insaciados». Recordemos a D'Ory:

Esas palabras de hambre y de
martirio...

(...)

Ellas vienen a mí, tibias, palpables.

(...)

Hechas miel, hechas brasas, hechas
cobre,
de las palabras de ubres agostadas.

(...)

Canto palabras, las palabras brotan,
canto palabras, las palabras manan,
suenan como perdidas en el viento,
brotan como animales delicados,
manan como regatos indecisos.
Y entonces, preparadas, zumo a zumo
yo las hería con voraz mordisco,
para apagar la sola sed del canto.

Uno de los poetas que menos huellas dejó en sus versos, de su adaptación inconsciente al deseo de morir de hambre, fue Rubén Darío, como aquella de:

Y tuve hambre de espacio y sed de cielo.

(...)

El agua dice de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.

Pero es que con Darío se da el fenómeno de que sus rimas son de la más pura leche y miel, puesto que una de las defensas del divino Rubén fue en contra de su **deseo inconsciente de morir envenenado por el pezón materno**. Veamos su intuición:

Que sombra y duelo encuentres
bajo la viña en donde nace el vino del Diablo,
que ya tendrás la vida para que te **envenenes**.

(...)

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,
espaciosas y ungidas de miel y **veneno**.

El ánfora funesta del divino **veneno**
que ha de hacer por la vida la tortura interior.

¿Qué acaso no se envenenaba Darío con alcohol? Recordemos ahora aquellos versos de Barba-Jacob:

Y es su sonrisa como un alba fúnebre.
Y es su ademán como un blandir de hierros.
La boca Innoble y ávida destila
—fruto de Satanás— hondos **venenos**.

Y este otro de Manuel José Othón:

Y si quieres que muera poco a poco,
tienes pantanos de aguas estancadas.
¡Infiltrame en las venas el **mortífero**
hálito pestilente de tus aguas!

Oigamos a Juana Inés:

Nadie tema **ponzoña**, de hoy más, mortales,
pues con tal contrayerba, ninguna es grande;
y aunque lo tenga en el seno,
ninguno tema el veneno:
que ella es la dulce Tríaca
que todo el veneno saca
y cura de todos los males.
¡Nadie tema ponzoña, mortales!

De esta forma podemos observar las facetas que se desarrollan en cada poeta, las que invariablemente van unidas a la idea de morir. En Martán Góngora vemos claramente a la muerte:

Cuando la luna iba a morir al río.

(...)

Fui a los abismos que habitó la muerte.

(...)

La noche es el rotundo
regazo de la muerte.

(...)

En el valle inclinado de la muerte.

(...)

Con los labios ungidos por la muerte.

(...)

La tarde cuando yo muera
que me dejen en la playa.

(...)

De los acantilados de la muerte
mi soledad retorna...
soy el súbdito oscuro
de un monarca absoluto,
heredero de un vasto
imperio de sepulcros.

(...)

Y todas mis palabras
también irán muriendo.

(...)

Qué duro oficio es este de ser hombre
y edificar la muerte con la vida.

Hemos visto las huellas poéticas de la muerte, ahora veamos las de
la sed:

Río feliz que mana de la roca
del sueño y vierte en la profunda boca
la sed de Dios, sin embriaguez saciada.

(...)

La sed tiene la forma de tu boca
abierta en la clausura del sonido,
la dimensión oscura del olvido
encadenado a la nocturna roca.

(...)

Colma tu sed de siglos en la virgen
cisterna enamorada de la vida.

(...)

Eres la **hoguera** antigua
trocada en llama nueva,
la sed inextinguible
en torno a la cisterna.

(...)

Voy hacia ti, sediento
del fruto esquivo, de la verde rama
del Paraíso.

(...)

Pero la sed es mucha
y pocos los racimos.

(...)

¿En qué margen de música tus labios
olvidaron la sed de cada día,
en qué isla de luz, oh navegante?

(...)

Descendí al valle en busca de la **hoguera**
como quien va al encuentro de su alma,
desbocado en el río del silencio,
jinete de una **estrella** imaginaria.
En el sueño la rosa de los vientos
cedió a mi oscura tempestad humana
y cada **espina** de la noche antigua
bebió en la sangre su infinita savia.

Pero en su copa elemental, mi espíritu
sació la sed de todas las distancias.

NIÑO RÍO

Por la noche cruza un río,
siempre el río de la sed.
Si te duermes, niño-río,
en tu sueño abrevaré.

Cruzan peces por el agua,
pero no tiendo la red.
Si te duermes, niño-río,
en tu sueño pescaré.

Está el barco en la ribera
y en el barco el timonel.
Si te duermes, niño-río,
por tu sueño zarparé.

Duerme y sueña, niño-río,
en los brazos de la sed.

(...)

Brotan panales ignorados
desde el sagrado texto fiel.
Bebe en sus ondas, niña mía,
savia de Dios, oculta miel.

(...)

Te limita el olvido con su río
en la oculta frontera donde sueña
toda la sed, a instancias del rocío.

(...)

Toda la noche el caracol sediento
bebiéndote en la concha de mi oído,
como la lluvia sí, como el sonido
del mar en su ondulado movimiento.

(...)

Y bebía su llanto
en la lluvia distante.

(...)

A veces torna a mí, ola en acecho
del litoral sediento;
transita por mis yermos olvidados,
habita en mi silencio.

(...)

Yo soy el que regresa
de todas las distancias,
tu sed de cada viaje
el río del instante.

(...)

Te desbordas fugada a mis orígenes.
Soy la sed milenaria.

(...)

Mi sed tiene la forma
desnuda de tus labios.

TESTIMONIO DE AGUA

El agua advino en una vasta
resonancia interior, tomó la forma
de una cúpula inmersa en la memoria,
descendió por la escala del silencio
y penetró en el reino de la música

con su líquido cuerpo de rumores.
El profundo fluir de los espejos
fue un éxodo de lámparas lejanas,
preludio de la sed abandonada
en la copa invertida de los árboles,
el sendero fluvial de la promesa
de un secreto país enamorado
en cuyo acuario intemporal los sueños
son peces emigrados de la sangre.
Verdad del cauce en la evasión propicia
por el bosque nocturno de los días,
su corola de júbilos abierta
en los coros unánimes del viento,
arena arrebatada a la inmutable
marea de la noche funeraria,
cuando soy entre el eco y la pregunta,
testimonio del tránsito del agua.

(...)

Termina el ala dócil
en la rama sin vuelo
y el manantial fugado
desemboca en desierto.

(...)

Como un cántaro inútil que ha perdido
toda la sed que se albergó en la arcilla,
el manantial que modeló su boca
con curva de amorosa geometría.

(...)

Como quien bebe en la nocturna copa
la claridad del infinito sur.

(...)

Cuando la boca entre nocturnas mieles
halló la rosa de la desnudez,
más allá de las túnicas del llanto
y las fronteras de mi oscura sed.

(...)

Todo tu cuerpo en sucesión de ríos
confluye hasta la orilla de mis redes,
y entre la sed —que se vertió en la arena—
funda una primavera permanente.

(...)

El agua bebe
el perfil navegante
de las mujeres.

(...)

En las colmenas del rito
panales están libando
las abejas de mi grito.

(...)

Vete al mar, y entrégale una lágrima
en la hora sedienta del crepúsculo.

(...)

Y derramar el vino de las ánforas
en la boca sedienta del verano.

(...)

Sobre la sed
grabo tu oleaje
¡oh pez sin red!

(...)

Soy la ciudad sin torres, el desierto
que no conoce el río,
isla sin mar, estrella abandonada
en medio del abismo.

(...)

Y dejo que en la boca se pose la mirada
cansada de los sueños, sedienta de panales.

(...)

He de beberte en cada río
adolescente, manantial
en el invierno y el estío,
en la floresta y el erial.
Tan sólo al agua te pareces,
¡oh, largo río de mi sed!

(...)

Yo fui en tu sueño el río que no cesa,
el manantial que nunca desemboca en la sed.

(...)

A la vendimia de tus labios llevo mi sed de cada día. Rojo
lagar del beso, en la urgida promesa del instante, toda su miel
destilo.

(...)

Y todavía esperaré, sediento, junto al cauce.

(...)

Ahora soy la estatua de la sed bifurcada
en las orillas de un vasto océano amoroso.

(...)

Frente a mí desembocan todos los ríos del recuerdo. Hasta mi humano plinto llegan las olas enamoradas de otro tiempo. Pero mi ser es el desierto total, en donde sólo las nubes transeúntes dan testimonio de la turbia existencia de una lágrima.

Bebamos con la sed del poeta estos versos de agua:

La soledad del agua sin reposo
fluye en cauce de sombras, sin el gozo
de tu **fuego** en el alba repetido.

(...)

Y el hombre de los bosques canta como
la misma boca de los manantiales.

(...)

Y en el libro del agua, las aldeas
copian su biografía de palmeras.

(...)

Y en sur y norte una canción de cuna
fluyó desde los ríos maternos.

(...)

Segador de la noche, el tiempo riega
su láctea harina constelada.

(...)

El sueño solamente
te dicta el testimonio
clarísimo del agua.

(...)

Secreto paraíso
surtidor escondido,
en la noche tu nombre
yo disputo al olvido.

(...)

Oí el cantar de vaquería
que acompasó la voz fluvial,
y en mi nocturna lejanía
sentí brotar un manantial.

(...)

Como quien palpa un fruto entre la sombra.
Como quien nombra al río con la lluvia
y lo escucha fluir en el silencio.

(...)

Entre un rumor de ríos subterráneos
vuelven a mí los nombres. (...)
Nombres que fueron émulos del agua.

(...)

El can del mar
rabioso muerde
el verde cuerpo de la costa.

Para que no quede la menor duda de que los elementos **sed** y **muerte** de la adaptación infantil son inseparables, veamos estos versos:

Constante amor, a la heredad del agua
retornas con la voz de la pregunta,
hacia la confluencia de los sueños
con la muerte absoluta.

(...)

La ira de Dios como una espada
suspensa está sobre la sed.

(...)

La ira de Dios, como la muerte
acecha en el atardecer.

(...)

Perecerán nuestros rebaños
bajo la herida de la sed.

(...)

Y el lácteo río de la vida
nunca volverá a correr.

(...)

La solitaria datilera
no volverá a manar su miel.

(...)

Como los ríos del verano
en las arenas moriré.

(...)

La mano trunca de la muerte
suelta la casta del lebre.

(...)

Y el cuerpo yace, desbordado,
en la fronteras de la sed.

Observemos estos otros:

¡Oh, litoral de gritos y de lágrimas
extendido en la orilla de la muerte!

(...)

Navegante extraviado en el oscuro
laberinto de ríos interiores.

(...)

Calma tu sed de siglos en la virgen
cisterna enamorada de la vida.

(...)

La flor decapitada de la tarde
flota sobre los ríos interiores,
más allá de los días infinitos
derrota del crepúsculo en el agua.

(...)

Y no sabemos ya si el hombre sueña
o reposa en los brazos de la muerte.

(...)

Río en la sombra
orilla del deseo (...)
fugitivo del sueño y de la muerte.

(...)

Vengo del agua y hacia el agua torno
por el cauce nocturno del olvido.
Delta en la confluencia de los sueños,
la muerte es un naufragio sin navíos.

(...)

Para dar testimonio de la sangre
soy la herida fugaz del cruento río.
Amigos, numerad todos mis huesos,
están llenos de frío.

(...)

También soy el estanque abandonado que asiste
a la propia defunción de una floresta acuática.

(...)

Al regreso del sueño, fue el recuerdo de un río,
memoria transparente, su líquido cadáver.

(...)

Vuelvo a nacer en cada río
que muere siempre junto al mar.
Siento la sed del rojo estío
que se desborda en el lagar.

(...)

Y de la sed
y las cenizas
vuelva a nacer
la poesía.

Hemos visto una vez más, aunque ahora en forma más notoria, la
relación agua-sed-muerte. Recitemos en silencio este soneto de
Gorostiza:

¡Agua, no huyas de la sed, detente!
Detente, oh claro insomnio, en la llanura
de este sueño sin párpados que apura
el idioma febril de la corriente.

No el tierno simulacro que te miente,
entre rumores, viva; no, madura,
ama la sed esa tensión de hondura
con que saltó tu flecha de la fuente.

Detén, agua, tu prisa, porque en tanto
te ciegue el ojo y te estrangule el canto,
dictar debieras a la muerte zonas;

que por tu propia muerte concebida,
sólo me das la piel endurecida,
¡oh movimiento, sierpe!, que abandonas.

Y este poema de Alfonso Reyes:

¡Viajero!, detén tu marcha veloz
penetra en la vid, si anhelas beber,
si anhelas oír mi jónica voz
que canta placer.

La calma rural te brinda el vergel,
te brinda la vid su ardiente licor
y brinda el panal un sorbo de miel...
¡y yo brindo amor!

Y brinda el vergel
la calma rural
y un sorbo de miel
ofrece el panal.

Yo quedo en mi vid, un fústico dios
que al canto de Pan imita el vaivén
y tiene la paz del sátiro, y dos
pitones también.

¡Viajero, a tu amor el jugo daré
de mi uva carnal, mi rojo pezón
y el dios cantará ruidoso Evoé
como una ovación!

Este de González Martínez no puede quedarse fuera:

Tantálico suplicio mi corazón tortura.
En vano ven mis ojos el pasmo de la vida.
Se aleja de mis labios la fruta apetecida
y de mi sed ardiente huye la linfa pura.

Ni tampoco este otro de Cabral del Hoyo:

Será como ir quedándose dormido
en soledad tan pura, tan carente
de todo, cual rindiendo cauce y fuente,
linfa y sed, continente y contenido.

Veamos estos pies de Díaz Mirón:

Tu rojo labio en que la abeja sacia
su sed de miel, de aroma y embeleso.

Y estos otros de Acuña:

Vas a buscar la fuente
donde apagar la sed que te devora.

Libemos de este poema de Othón:

Los vernaes deshielos, como un baño,
el valle inundan en raudales fríos,
donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Recordemos esta cancioncilla de Barba-Jacob:

La vida es agua de un áureo río
y afluye al tiempo su onda de oro;
y es la mañana como el navío
en que navega nuestro tesoro.
Lanzas ¡oh, Muerte!, tu soplo frío
y paraliza
la onda móvil del áureo río;
y en el vacío
se hunde el navío
en que navega
nuestro tesoro.
¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo tu onda de oro!

Evoquemos a nuestra Fénix-americana:

Si ves el ciervo herido
que baja por el monte, acelerado,
buscando, dolorido,
alivio al mal en un arroyo helado
y sediento al cristal se precipita,
no en el alivio, en el dolor me imita.

Veamos estos versos de González de Eslava:

El rey de la altura
te da que le pruebes
bebiéndola, bebes
divina dulzura.
Por la criatura
tal agua ha manado,
del sacro costado
salió su corriente.
Bebed de la fuente

del agua de vida,
que siendo bebida
más sed no se siente.

Los poetas sublimes suelen demostrar en sus versos regresiones a sus tragedias infantiles. Veamos estos en Martán Góngora:

Llegas, cruel noche, y me sorprendes encadenado a la roca del olvido. El buitre de las sombras picotea mi pecho, en el exacto sitio del corazón tatuado de **luceros**.

(...)

Fue como si asistiera a la infinita
agonía del agua
y una isla se hundiera en el silencio
profundo de la infancia.

(...)

El agua canta
las baladas del río
que hizo mi infancia.

(...)

Quien ardió en sed
sabe que el agua tiene
voz de mujer.

(...)

Se vertía en la sed
de su niño inefable,
casta flor de locura
nacida de su carne.

(...)

¿Dónde el infante y su torrente lácteo,
la confluencia maternal, su delta
cegado por sedientos manantiales?

(...)

Imaginad que el cauce abandonado,
en virtud de las lluvias maternas
vuelve a encontrar su dimensión de río.

Observemos lo que escribió González Martínez:

Fantasmas de niñez... ¿no fue la mía
en el ópalo azul del alba insomne,
cisne manchado en sangre de agonía?

Asombrémonos de lo que dijo Barba-Jacob:

Sobre las playas de la Muerte, un día
la madre viene al niño a amamantar.

Veamos estos versos de Bernardo de Balbuena:

Del blanco aljófar en rubíes injerto,
más claro y más lustroso
que el que nace en conchuelas orientales,
el tesoro encubierto
en el seno precioso
do se crían mis bienes y mis males.

Otra característica de los grandes poetas es la de intuir la lucha de la conciencia. La poesía es precisamente el resultado de esta lucha entre un **daimonion** que reprocha y un **yo** que se defiende. Veamos lo que dice Helcías:

Porque el amor no es solamente el rito
de las sombras perdidas, que se hallan

en el amor. Es la interior batalla
que el hombre libra a cada instante.
Victoria sin derrota,
guerra sin tregua concertada.

Recordemos a González Martínez:

Miro al final de trágica faena
borrado el surco, la simiente vana...
¡aré en las ondas y sembré en la arena!
Y aquí estoy, en pavor ante el abismo
de la grave conciencia acusadora.
¡Reo que tiembla enfrente de sí mismo!

Escuchemos a la máxima exponente de la poesía americana, Juana Inés:

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una, esclava a la pasión,
y otra, a la razón medida.
Guerra civil, encendida,
aflige el pecho importuna:
quiere vencer cada una,
y entre fortunas tan varias,
morirán ambas contrarias
pero vencerá, ninguna.

En su **Soneto desierto**, Martín Góngora intuye su adaptación infantil, o gozo inconsciente a la idea de morir de sed: gozo masoquista:

Descíñeme tu yugo de azucenas
para tornar hasta mi lejanía,
destiérrame de todas tus colmenas
y déjame esta sed de poesía (...)

Confiname al paisaje del desierto
tras esta sed de cántaro vertido,
de hoguera extinta y litoral sin puerto.

Volvamos a González Martínez:

Me erijo en propio juez y me sentencio
réprobo y solo a la mayor tortura:
a no pedir perdón de mi locura
y a morir en mazmorras de silencio.

Evoquemos de nuevo a Juana Inés:

¿O por qué, contra vos mismo
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce
queréis elegir lo amargo?

Juana Inés proyecta su deseo inconsciente de ser envenenada; deseo que trato ampliamente en **Intento de psicoanálisis de Juana Inés**. ¿Qué puede ser tan amargo como el veneno?

González Martínez, «el poeta de la soledad» se sentencia «a morir en mazmorras del silencio».

Martán Góngora, desea ser confinado «al paisaje del desierto». También Martán Góngora demuestra su adaptación a la soledad. Veamos:

La soledad, huésped continuo,
invitada de siempre,
compañía del alma, compañera
de la mano en la frente.
La soledad, humano río
del mar adolescente.

(...)

En ti la soledad es más profunda
y canta con el río sobre el valle.

(...)

Primero fue la voz de la plegaria
que fatiga la piedra del sonido
para nombrar la maternal entraña,
en la naciente soledad del hijo
abandonado entre las escolleras
del silencio infinito.

Leamos algo sobre la alegría raudalosa en la soledad de Barba-Jacob, quien dijo: «Soy uno de los seres que más gozan en la soledad». Veamos:

La dama de los cabellos encendidos
transmutó para mí todas las cosas,
y amé la soledad.

Pero nadie como González Martínez para transportarnos a la soledad absoluta:

Y callar, mas tan hondo, con tan profunda calma,
que absorto en la infinita soledad de ti mismo
no escuches sino el vasto silencio de tu alma.

(...)

Silencio **sideral** de los espacios
gélidos y vacíos.
Soledad y silencio.
¡Silencio por los siglos de los siglos!

* * *

XXX

Tristes ante la reciente pérdida de nuestro «Poeta del agua»: Goroztiza, evocamos su nombre tan querido para todos, pero a la vez, anunciamos el advenimiento de Helcias Martán Góngora como uno de los más excelsos poetas contemporáneos, que a través del estudio psicoanalítico se descubre como uno de los grandes de la poesía.

¡Contemplad hispanoamericanos al Poeta de la sed!

Fredo Arias de la Canal

Libros de Helcias Martán Góngora consultados:

Memoria de la infancia
Los pasos en la sombra
Casa de caracol
Encadenado a las palabras

(Tomado de Norte, Revista Hispano-americana No. 256. Nov-Dic 1973).

HELCÍAS MARTÁN GÓNGORA
(1920-84)

MÚSICA DE PERCUSIÓN
(1970-1974)

ATRICIÓN

Pido perdón a las palabras
que condené al silencio
por su ascendencia bárbara
o que callé por miedo
a su nocturno ancestro:
Batea: cuna, juguete y barca
para cruzar al río de la fábula.
Embil, cuya africana llama
floreció en la vigilia,
cuando el mundo cabía
en una guayaba
Chorga, piacuil y jaiba,
munchiyá y piangüa,
en el acuario de la infancia.
Yuyo, zapote, cuángare
y otras voces botánicas
que mi nodriza negra
dibujó en la pizarra
de los sueños. No hay páginas
para escribirlas, antes
que la sombra salvaje
destruya las miradas
y el nombre sea apenas
—entre la mar y el viento—
un sonoro fantasma.
Yo prosador,
al agua me confieso
y espero, espero
la absolución de los ecos.

Helcías

I

LOS PREGONES DEL MAR

NERUDA

En Isla Negra,
almirante yacente de las olas
que son la poesía,
la mar de América infinita
decreta un siglo de silencio
por la voz que clamaba en el desierto,
Pablo crepusculario,
Pablo de los adioses,
Pablo de los regresos,
cazador de **galaxias**,
jinete del infierno,
sembrador de verdades,
talador del misterio,
capitán amoroso,
Cid Campeador del verso,
labriego de las odas,
residente en la tierra,
embajador del cielo,
Pablo de carne y hueso,
Pablo-pueblo,
Pablo-padre,
Pablo-hijo
y hermano mayor nuestro.

SIGNO DEL PEZ

1

Apólogo de **fuentes y de ríos**,
fábula del torrente
que confía a la **sed** vago mensaje
del íntimo afluente.

Parábola de **estrellas y de luna**,
metáforas de **sol**.
Paráfrasis azul de las mareas
en cada caracol.

Su arenga vegetal lanza la selva,
proscrito voy por la ciudad,
y oigo al pregón del mar amotinado
más allá de mi **sangre**, más allá.

2

Ni cordero emisario, ni la serpiente de Eva,
ni el cuervo de Edgar Allan, ni el cisne de Rubén,
ni la paloma bíblica, ni la cigarra griega.
Fui marcado en la cuna con el signo del pez.

(**El sueño de mi infancia tuvo nombre de río**.
Mi adolescencia hunde su raíz en el mar.
No llevo sobre el tórax tatuaje de marino
mas fluye en mis arterias la **savia del coral**).

3

Mi pez no es el escualo de sanguinaria stirpe,
ni el pez espada bélico, ni heráldico delfín.
Mío es el hipocampo que en cada vuelo escribe
la historia del pez-ángel que ha reencarnado en mí.

4

Los rebaños de espumas, los corderos
verdes lamen la playa y el balido
de las olas, despierta entre los marineros
aquel **pastor azul** que llevaban dormido.

Aguardaré en la rada que el último navío
ancla en el hondo estuario de mi sueño
para confiar al silencio baldío
que yo soy de la mar: esclavo y dueño.

5

El **pez** que nada en tu silencio
quiere ser ave, trocaría el acuario
por la jaula vacía del poema.
El corazón que entre la **sangre** flota
envidia al hondo **pez de los naufragios**,
cambiaría la cárcel de mi cuerpo
por la verde pasión de los océanos.
El pez y el corazón están cautivos
del tiempo, el insondable.

6

Felina **luz**, **tigre**, **herida**, **pantera**,
furia del mar, la delirante garra
rasga lo mismo el vino o la guitarra
que la **sangre** inocente en la pradera.

Leonada flor, **leopardo** de la espera
en lucha con la noche que **desgarra**
la piel del sueño. Hay que soltar la amarra
de soledad que te unce a la ribera.

Resplandor sin amor, **lumbre** extranjera,
hechizo de la **llama emponzoñada**,
ira de **sangre en duelo con la hoguera**.

Abandona esa **luz** con la bandada
de gaviotas y deja que te **hiera**
la claridad final de su mirada.

7

¿Dónde arribó la melodía
de la campana-lejanía?
Del mar, que tañen las olas,
se hizo voz en las caracolas
y estribillo de mi lamento.
Carne de sueño, en las mañanas,
oigo el cantar de las campanas,
en la torre mayor del **viento**.

De otras campanas en remotas
patrias, escuché las notas...
mas no de España ni de Roma
—águila o mística paloma—
escuché con la ingenua fe
de las campanas, que en lejano
tiempo toqué —con torpe mano—
a la vera del Puracé
o en el límite océano.

8

Garra de asfixia, tiempo de asma, niebla
en los ojos y el pecho del navegante.
La vigilia desborda las **estrellas**.
La horizontal del sueño, dame
el surtidor del aire,
la ráfaga, las **brisas** incesantes,
el **viento** de los huracanes,
las branquias del gran **pez de los naufragios**
o del mínimo pez de los acuarios.

Reintégrame a las aves emigrantes,
buen Dios, o sopla sobre mi carne
como al principio de la **sangre**.

9

Cuando el **pez oculto en el espejo**
rompa la cárcel de cristal marino,
el llanto represado
de las mujeres sumergidas
en el eterno **estanque**,
desbordará la **lluvia** y cada lágrima
se trocará en **aguja del cacto**,
en verde **espina de la rosa**,
cuando el pez sea liberado.

10

Al navegante del **espejo roto**
que hizo la travesía
desde una lágrima
a otra lágrima,
le concedió la **luna** nueva
el trofeo del cuerpo amado
cubierto de **rocío**
en la mañana.
Goza el **náufrago**, rescatado
del laberinto de **crystal** oceánico,
del premio que los dioses otorgan
a quien sabe el secreto de los **ríos**
que fluyen bajo la piel de las mujeres
y desembocan en los valles
del Paraíso perdido.

TAYRONA 70

(fragmentos)

2. [Punta Betín]

En el acuario de Punta Betín los peces enanos
comparten el cautiverio con las tortugas gigantes.
Su destino es servir para deleite de los ojos,
para escrutinio de los sabios,
igual que las flores en los invernaderos y los parques,
esos pétalos náufragos.

Sea proscrito quien ose mancillar una flor o una escama
desterrado sea quien pretenda saciar su hambre
con las criaturas que forjó Neptuno
a su imagen y semejanza.
¿Qué se dirán los peces esclavos
mientras la pleamar de los turistas pasa
y el oceanógrafo asiste al nacimiento
—en su probeta— de otro rebaño de hipocampos?
Libertad es la sola palabra
que el silencio insinúa en el acuario.

3

Y el alba se nos vino de repente
entre un confuso despertar de espejos.
(El trino y las campanas apagaron los besos)
y el mar, el mar, al frente,
afuera, adentro,
cerca, lejos...
el mar y el viento
pregoneros de islas,
vendedor de mariscos
junto al hotel del puerto.

Quien naufragó en el sueño
sabrà de la alegría

de disfrutar –despierto–
del mar, del cielo,
del mar, del viento,
asidos a la orilla
de los cuerpos.

4. [San Pedro Alejandrino]
Padre, yo soy el hijo pródigo
y vengo, de la mano
de la mujer que amo,
a llamar a tu casa
en nombre de los brazos
que nos libertaron,
para que nos devuelvan al hermano
secuestrado
y cese el llanto
y el escarnio
y no se diga nunca
que araste el mar Atlántico
y edificaste en el andino
viento del páramo.

5
Si todavía vibras al decir, en voz baja:
“esta música la aprendí de mi padre,
conmigo fue sobre un navío
y ancló en remotos litorales”
es porque aún la savia de la espuma
te irriga el corazón cada mañana.
Nada importa el silencio si el que calla
puede escuchar la melodía profunda
del viento, el agua
y las voces
lejanas.

LA CATEDRAL SUMERGIDA

1

Si los peces oraran
en la catedral sumergida
entonarían la plegaria
por el alma de los **ahogados**
que murieron sin ver la **patria**
donde cada bahía
es un abrazo
y cada puerto vela el sueño
con el ojo amigo del **faro**.
Por una escala de música
descenderé al santuario
submarino,
tras de la sombra del hermano,
que vaga por las bóvedas profundas
desde el día sin nombre del **naufregio**.

2

Su cuerpo, a la deriva,
un **pez** fantástico
que hiciera el viaje largo
desde los **ríos** natalicios
hacia puertos extraños.
Salvado de las **aguas**,
cuantos le conocían, en el barco
le ungieron con su llanto
y elevaron sus preces
entre el **plañir** marino de los pájaros
y el canto llano
del océano.

3

Este réquiem del buzo hay que entonarlo
sin la cruz de la espada
ni la votiva lámpara
de los navíos encallados
que señalan el sitio donde espera,
amortajado en su escafandra.
Olas, olas por lápida
y caracoles por campanas.
Nadie sabrá a qué peces
dio su terrestre carne,
la roja flor de sus entrañas.
Dentro de un siglo, un año,
tal vez el hombre rana
o el pescador famélico
sobre una playa abandonada,
descubra su osamenta y la confunda
con la de algún pirata.
En la comunión de las plegarias,
bajo la cúpula oceánica,
escucharé el responso
que yo escribí, para su alma,
en la **cripta del agua.**

RELOJ DE ARENA

1

Mientras naufragan —en el norte—
ríos y aldeas,
bajo el múltiple azote de la lluvia
los **caballos del agua** se desbocan;
en el sur el verano **incendia** islas,
mueren de sed los árboles
y el hombre **bebe** —gota a gota—
sus lágrimas.
El animal de **fuego** retoza en las arenas.
La doncella desciende en línea curva
de las sirenas,
busca en el mar su espejo
cuando la noche cierra los ojos
de los infantes negros
y se abren las corolas blancas
a la resurrección del **rocío**
y a la epifanía del **agua**.

2

Nunca escalaré la cima del Fuji-Yama,
jamás reposaré sobre sus faldas,
—digo— mientras contemplo el biombo
donde un pintor anónimo
apresó el alma de la montaña.
La sombra del abanico se posa fatigada
en la penumbra de la estancia.
Un crisantemo abre sus alas
en la página del libro de tankas.
El viento, en los cerezos, canta...
dentro de mí oigo la música lejana
que el mar ejecuta en la noche callada.

Es como si caminara, lejos de la playa,
en busca de un dios que no es el de mi infancia
y hacia Él me guiaras, solemne Fuji-Yama.

3

Traje una flor del mar.
(En la probeta de cristal
casi una niña inválida
que devana los días
al fin de su ventana).

¿Quién la sembró en el reino de las algas?
¿Qué sirena hortelana
la plantó, bajo el **agua**,
para que la legión de peces voladores
disfrutarán del polen
y de la sal que su corona guarda?

Mañana, si el verano
me presta el **sol**,
iré al jardín botánico
y así, la flor oceánica,
dialogará con sus hermanas
nacidas en la montaña.

4

No puede serme hostil. Siempre a mi lado
sumisa está. A la sombra del árbol
se tiende, a mi regreso del océano.
Siente celos del agua
del mar, las islas y las barcas
que otras sombras dibujan
sobre el sueño del mapa,
esta sombra conmigo desposada
desde el día primero
de la fábula.

5

El octavo castigo
no consta en el versículo del Libro
ni en los papiros
apócrifos del Nilo.

El anillo rojo
sella las nupcias de las palmeras
con la destrucción inminente,
aquí donde yació mi sombra
con el amor unánime
entre la noche oceánica.
Sin sortijas de bodas ni guirnaldas,
cabalgo sobre el lomo de las olas
a la cita olvidada.

6

No hay un reloj de arena, un anacrónico reloj
para contar las olas, el tiempo de las islas,
pero la mar me dona un caracol
en donde está cautiva la música infinita
y oigo la voz de Dios,
la innumerable voz.

7

Arena soy que vuelve hacia la playa,
limo del litoral que en nuestra orilla
será para la náutica semilla
que libra su biológica batalla.

Ola para la quilla y la atarraya,
volveré a la marina maravilla,
rocío en el diamante sin mancilla,
llanto del pez en carcelera malla.

Arena soy que vuelve a la floresta.
Pájaro soy en búsqueda del nido,
nota que vuelve a la nocturna orquesta.

Soy la palabra que el silencio nombra.
Un hombre soy en tránsito de olvido,
sombra de Dios que vuelve hacia la sombra.

8

Marisol,
Mariluna,
estrellamar:
canción de cuna,
el caracol,
clave de sol,
clave de mar
en pentagrama
de arbol
sobre la rama
del cantar
de Marisol.

9

Abrí la puerta, y sin palabras
compendió en el abrazo
la soledad del mundo
en la curva del arco.

El mastín del silencio
le seguía los pasos
y la sonrisa mustia
aleteaba en sus **labios**.

¿De qué país de luto
regresaban sus pasos,

de qué remotos mares
sus ojos encallados?

Jamás la **sed del hombre,**
del yermo y los rebaños
hirió con tanta saña
un corazón llagado.

Las voces no **encontraban**
la **ruta azul** del diálogo
y el tiempo detenido
se convertía en cuarzo.

¿Quién no apuró en la copa
una infusión de llanto?
El era casi un **río**
que se iba desangrando.

Cero del infinito,
fruta de árbol abstracto,
proa del barco ebrio,
bahía del **naufragio.**

Cuando llamó la **muerte**
en la noche sin astros
comprendí que la vida
cabía en este abrazo.

10
Aquí, Matía Mulumba.
Matía Mulumba. Aquí,
Tambo y tambor, tumbo y tumba,
santo y seña para mí.
Tras la secular balumba
talla la **sangre** el rubí,
aquí en Matía Mulumba

entre el manglar y el naidí.
El **viento** zumba que zumba
del mar a Yurumanguí
y la canoa se enrumba
hacia Naya y Timbiquí.
De tumbo en tambo y en tumba,
¡Matía Mulumba, aquí!

11

Proa de la canoa,
lento cuerpo de **boa**
anclada en la ribera,
tejedora madera
del encaje
del agua y del paisaje
tarjeta azul,
invitación al viaje,
por las islas del Sur.
Canoa pescadora
con vocación de aurora.
Por el aire, la red,
con vuelo de alcatraz,
desciende hasta la paz
en donde yace el **pez**.
Una vez y otra vez
tu vela triangular
hace propicio mar
y río
y **sangre** son
coplas en la canción
de la marimba. Suelta
la diestra mano, en cada sueño
te amarra, húmedo leño,
al delta, siempre al delta,
del mismo corazón.

12

Si al despertar escuchas **quejarse** la madera
y sientes que una ráfaga
de eternidad te roza con sus ramas,
a nadie llames, calla
e inventa una plegaria
por el alma
del **talador** anónimo
y deja que la **savia**
fluya por sus arterias,
porque naciste en litoral comarca
donde todos los bosques
se dan en holocausto a las canoas
o son para las barcas
y las pequeñas casas
de los hombres,
hechos a semejanza
del árbol repetido
en el vitral del **agua**.

LOS PREGONES DEL MAR

1

Penetra el mar, sin llamar a la puerta,
con la complicidad del caracol.
Se alza la casa en la meseta andina,
lejos del líquido pregón
del mar que nombra islas y alcatraces,
barcas, islas del sol...
esta música guarda la nostalgia
marina del adiós,
el grito funeral de los **ahogados**
en la orilla de Dios.
Cada nota es trasunto de las olas,
preludio en la canción
del **viento** verde en los acantilados,
del líquido rumor.
Cuando la noche invada las pupilas
y al sueño ceda yo,
escucharé del mar la melodía,
del mar la íntima voz.

2

Quien encerró este barco en la botella vacía
nunca leyó la invitación al viaje
de Carlos, el poeta maldito,
en cuyo océano jamás se pone el sol;
ni fue grumete del navío ebrio,
ni tripulante de la Armada Invencible.
El naval artesano jamás se dio a la compañía
de los marinos que entregan sus mensajes anónimos,
en alta mar, a las botellas,
desde el puente de proa.
El cristal fue creado para gozo del día,
para albergar el vino que vocifera en las tabernas,

ser funeraria urna del corazón en los museos,
lección en las probetas,
esbelta copa y lámpara,
espejo o lágrima
—a semejanza
de nuestra madre
el agua—
mas nunca para cárcel
de buques fantasmas
en la desierta sala
de una casa
mediterránea.

3

Los pájaros marinos son hermanos del agua
y de los peces voladores.
Imaginad a la gaviota trasplantada a una montaña,
el alcatraz confinado a la jaula,
y sabréis del cautiverio blanco de las garzas
en las celdas de los jardines zoológicos,
del cristalino exilio del pez en los acuarios.
Los pájaros marinos siguen la ruta de los barcos,
van, casi perros, detrás del nuevo amo.
Privados del don del cántico, sus gritos
son el pregón del **vendaval y del naufragio**.
Extranjeros en tierra firme
no cambian la esmeralda del campo
por el transeúnte cristal del océano.
Cuando pasa el ejército de aves migratorias,
los pájaros marinos agitan sus alas
ante las golondrinas que son heraldos del verano
y es como si enviaran un mensaje cifrado
a las islas remotas donde hay otros pájaros
que ya no recuerdan que fueron ángeles
en los celestes litorales.

4

Cuando la lluvia ensaya en la bahía
su concierto de cítara o laúd
y los niños retozan en la playa,
añoro al barco de **papel azul**
cuando —puesta la proa hacia la aurora—
mi infancia naufragó en el mar del Sur,
y entre el clamor naval de la alegría,
la diestra enamorada de la **luz**
rescató mi memoria de las olas
en el prefacio de la juventud.
Llovía, como ahora, en la bahía
y ella tañía su laúd.

5

Todavía lanzo mi red
entre el pregón de las **palabras**
y el silencio nocturno de la sed,
en busca de la **perla del poema**
que oculta yace en otro ser,
por la gracia inefable del agua
y el ministerio **azul del pez**.

II

PLIEGO SELLADO

ESCRITO SOBRE EL VIENTO

Yo te pido, Señor,
por cada año de olvido
un minuto de amor.

1

Que te acaricie el **agua**,
que te desnude el **viento**,
mientras yo, de la tierra,
me consumo en tu **fuego**
y me doy en la **savia**,
árbol de amor sediento.

2

Si el tropel de la **sangre** se detiene
en el dintel del alba,
será tu corazón muda campana,
el corcel que la vida no cabalga.

3

Toco tu puerta. Llamo
con **encendido labio**
y sólo me responde
el **silbo azul del pájaro.**
Me dicen que has zarpado
y yo maldigo al mar,
los puertos y los barcos.

4

Encadenada a mi deseo
jamás podrás huir del lecho
hasta que el día venga a libertarte,
cautiva de mi sueño.

5

A la **brisa y al viento**
confío mi secreto:
estoy lleno de amor
desde el momento
en que robé tu rostro
a los espejos.

6

Le daré el nombre de los ríos
a cada lágrima fugada
de tus ojos, en la vigilia,
y dejaré que siga el cauce
y se confunda con las olas
en el paisaje de las islas.
Será, mañana, el llanto antiguo
vaga memoria del **rocío**
sobre la carne de las rosas
y las corolas de los niños.

7

Con palabras
con ecos,
—en mitad del deseo—
levantaré tu **estatua**,
estrofa o cuerpo,
mujer blanca.
Con música
de mar y **viento**
—al centro del deseo—
alzaré tu escultura,
estrofa o cuerpo,
mujer única.
Se posarán las sombras
del crepúsculo
sobre tus hombros y las olas

te lamerán los muslos
—cuerpo o estrofa—
mujer sola.

8

¡Hossana al **río pescador de estrellas**
y paz al hombre cazador de nubes!
En la pascua fluvial de nuestros cuerpos
canta la **sangre**, fluye
por el cauce clarísimo
hacia los verdes paraísos
de las **islas azules**
y los abrazos íntimos
de las bahías, mientras urde
el **viento** epitalamios y palmeras
para el silencio.

Mulle

tu carne en la vigilia de la entrega
y deja que mi voz de cada sueño
sólo tu oído busque
—a instancias de la música—
con lentos pasos de perfume.

NUEVO ARTE DE AMAR

1

Aprende lentamente
—como si deletrearas un poema
o solfearas una cantata—
que todo amor principia en las miradas,
mas no oses llegar de frente al **sol**
de otros ojos abiertos en la hora
que precede a la entrega.
Recuerda que tus dedos
saben pulsar las arpas.
No olvides que tus manos
guardan memorias de **corales**
y pétalos de algas
que fueron para el tacto.
La palabra no dicha
ceda su espacio al beso,
a ejemplo de las aves
que se dan a las **frutas**
antes que al silbo,
el vuelo, el canto.
No destruyas la copa.
La sed jamás se sacia.
El amor es retorno,
lección que nunca acaba.

2

Deja que tus miradas
se posen en el **agua**
de sus ojos.
(El alba
penetra, sin llamar, a tu casa)
enciende con tus ojos la fogata
sobre su carne blanca.

Traza una **Vía Láctea**
en su piel africana.
Delinea la estatura
de la doncella incaica.
Confíale tus ansias
al cuerpo —casi barca—
de la flor de tu raza,
mientras el día arriba
y amor ancla en tu rada
después de haber vagado
por el nocturno mapa.

3
Cuando cierra su flor de música
y ella viene, desde la danza,
a posarse con las gaviotas
en el mástil de tu esperanza,
para la más blanca fatiga
clausura el día de tu **lámpara**
y deja tú que la caricia
sobre su carne **lacerada**
vierta una lluvia balsámica
en la tiniebla de los cuerpos
y el laberinto de las almas.
El ademán de ola sumisa
ha de trocarse en marejada
cuando tus **labios, en su boca,**
enciendan la dormida llama
y cedas a la melodía
que ella para ti guardaba
—cítara, viola, guitarra—
en el cordaje de su cuerpo,
la sinfonía apasionada.

4

Lo que no digan tus palabras
sea para tus manos. Ellas
abren en la caricia
la puerta clausurada.
En la orilla del Paraíso
te da el tacto la umbría
flor porque suspirabas.
Cierra los **ojos**. Calla
mientras tu **sangre** canta.

5

Que la **sangre** oriente tus pasos
hacia la lumbre que te espera
en el jardín donde tus manos
te enseñan que la primavera
está en sus **labios** y cabellos
y que el Paraíso comienza
en la blancura de su cuerpo
donde hay collados y palomas,
ríos de amor para el sediento,
frutos de amor, abiertas rosas
para quien fue por el desierto.
Tuyo es el **dátil de su sexo**.
Bebe el vino en secreta copa
antes que seas para el sueño
y súbdito de las sombras.

6

Penetro en ti como en la noche.
Soy de tu bosque umbrío
te das a mí como la lluvia.
Gota soy de tu río,
y ya no sé donde principia
lo tuyo, amor, lo mío.

7

Por el dormido cuerpo va la mano
descubriendo collados y montañas,
abriendo lirios y palabras,
apacentando pájaros.

La blancura soñada
bajo la piel responde
en pleamares tácitas.

Leche y miel a la vera de tu carne,
vivo **coral al fondo de tu sangre**.

Soy el viajero del crepúsculo
que arriba hacia tus playas,
corola en tránsito de **llamas**,
ola recuperada.

Desnuda alumna de las algas,
quédate así, en la tregua
de la íntima batalla
donde tú siempre vences
y el amor siempre gana.

8

Palomas o magnolias,
pomas, colmadas copas,
los senos —dos campanas—
despiertan si los tocas;
si los besos, aroman;
con su **licor** te embriagan
mientras Eva te dona
la bíblica **manzana**
salvada de las sombras.

9

Dilata los abrazos.
No apresures el beso.
Deja que **fluya el agua**.

Deja que pase el **viento**
y que vuelva el silencio.
El **fuego** no se extingue.
Somos el mismo **fuego**.
Somos la misma tierra,
—árbol, un solo cuerpo—.
Mientras huye la vida
fluye el amor sin tiempo.

10

Sobre el lecho reposa, navegante,
sacia la antigua sed
y en el **agua** propicia del instante
lanza la viva red,
pescador que en los brazos de tu amante
eres también el **pez**.
Olvida la pasión itinerante,
la marina embriaguez,
y antes que el día talle su diamante
ancla en ella otra vez.

11

Cuando las manos trazan rumbos nuevos
al cuerpo navegante del desvelo,
se dan otros amantes sobre el lecho
al más hermoso oficio de la tierra
e inician las secretas **llamaradas**
para poblar la noche de **estrellas**.
Hombre y mujer en el antiguo rito
conjuran el poder de las tinieblas,
al clamor de los pájaros cautivos
en la floresta del deseo.
Desterrados del Paraíso,
desnudos frente al misterio,
el amor es la **ardiente espada**
que nos legó el arcángel ciego

**para el combate milenario
entre la muerte y el sueño.**

12

Que tu mano derecha no sepa
lo que hizo tu mano izquierda
en las tinieblas.

Deja la duda a la siniestra
mano, mientras
la diestra inventa
la caricia, el poema
y el día te golpea
con su ramo de nieve,
los párpados nocturnos,
la soñadora frente.

LOS CONJUROS

1

Ábrete ¡flor!, yo digo
con la secreta magia
del Paraíso fenecido.
Beso corolas tácitas
en el surco más puro
de su **boca**. Me embriago
con su filtro.
Beso la flor del mundo,
bebo su vino, fluyo
por el único río
que me liberta del abismo
y me preserva del olvido.

2

¿A qué los muros y cerrojos,
el puente levadizo, el foso
y los corceles todos?
¿A qué huir del rostro,
del cuerpo hermoso,
si estás cautiva
de mis ojos,
así yo muera solo?
Amor, humano sortilegio,
amor, divino asombro.

3

Vierte el ensalmo
de tus besos
al conjuro
de mi silencio.
Une la magia de tu cuerpo
al sortilegio
de mi alma

hasta que el alba
rompa el encantamiento.

4

Esta noche
en las vivas entrañas de mi **sueño**
leerás la palabra que te dono
para vencer el tiempo.
No la repitas, si despierto.
Hijo soy del silencio.

5

Para mi alquimia enamorada
convierto el alma en beso,
la luz convierto
en vivo fuego,
tu cuerpo
en leño
y tus cabellos
en incendio.
El viento
y tu deseo
me ungen con el perfume
de jardines secretos.

6

Cábala de tu nombre
—amuleto—
con que me libro
del silencio
secreta nota,
arpegio
que me enseñó la boca
del misterio
y que selló la mía
con tu beso.

SINAI 1974

1

Busca en el amor el **resplandor**
del hijo del hombre sobre el universo,
sin distinción de rito,
patria, color, ni tiempo.

2

Jamás jures amor eterno,
hombre de carne y hueso;
sacrifica al **incendio**
la claridad de los milenios.

3

Ni perverso ni santo,
libre ni esclavo:
el amor es un libro en blanco.

4

Honra a los que te precedieron
pero no multipliques, a cada beso,
las arenas de los desiertos.

5

No talarás el bosque del deseo,
ni cazarás el **pájaro de fuego**,
ni arrasarás la magnolia del sexo.

6

En la fusión de almas y cuerpos,
toca la raíz del misterio.

7

Cuando el amor sea tu dueño
no hurtarás fugaces caricias
ni violarán criptas y templos.

8

Ni falso testimonio ni cierto.
Que el silencio sea la llave
del más secreto reino.

9

No yazgas en ajeno lecho.
La tierra es tálamo inmenso
y tú eres hijo del desvelo.

10

No codicies mujeres de otros planetas,
si hay tantas **bocas sedientas**
en los caminos de la Tierra.

ESCRITO SOBRE EL AGUA

1

Sobre las **aguas**
traza la espuma virgen
tu **Vía Láctea**.

Sobre la playa
una gaviota escribe
tu esquila blanca.

2

Sobre la tibia estela
de las islas en flor
yo te escribo esta esquila
de ultramar.

La fecho en ultramar
mientras mi sombra vela
en torno a la candela
familiar.

Marina brisa, vuela,
paloma, rui señor,
y llévale mi esquila
de ultramar.

3

Este pliego sellado
lo confío al pirata aéreo
que zarpa desde mis sueños
a la bahía de tus brazos abiertos.

El nombre pertenece al silencio
y tú a la geografía del deseo
donde yo descubro colinas
con sólo abrir las manos
y convocar los besos.

Que nadie te alindere
al sur o norte de mi alma.
Para ti no hay fronteras
ni parcelas.

Es tuya la mañana
que cabe en una carta,
pájaro de papel cuyas alas
se posan en el árbol
que monta guardia
frente a la casa
donde la música te acompaña.

()
Llena este paréntesis
con el secreto
y arroja al **fuego**
mis palabras.

FECHADO EN UNA ISLA

1

En esta isla, amor, por vez primera
fui de la **luz** vasallo y soberano,
y al conjuro encendido de su mano
zarpé al encuentro de la primavera.

En esta isla fui de la palmera
y cedí a la insurgencia del océano
y fui de la gaviota de su mano.
De su carne, mi **sangre** marinera.

En esta isla, amor, en esta rada
naufragó en la ola infiel de su mirada,
el corazón que fue de su ribera.

En otra isla, amor, en otra playa
trazó Pizarro la historiada raya,
pero yo deserté tras la quimera.

2

En esta isla, amor, **ardí en la hoguera**
que el crepúsculo enciende cada día
y fui esa **llama** que en la lejanía
contra el **viento** y la lluvia persevera.

Encalló entre arrecifes mi galera
—tras lento viaje por la poesía—
y la canción trocóse en elegía
que salmodia la **brisa** mensajera.

En esta isla, amor, oigo las voces
que preludian los últimos adioses
en torno del manglar y la escollera.

A pesar de la fúnebre ceniza,
beso tu boca, amor, beso con prisa
como se besa por la vez primera.

SONETOS DEL GRUMETE

1

¡Ah!, de la rosa que me abrió tu cielo
y del **clavel que me entreabrió tu espada**.
¡Ah!, del jazmín de la mujer amada
en el jardín sin fin del ritornelo.

¡Ah!, del anturio negro del desvelo
y de la **orquídea de la lumbré** alada
y las campanas, en fluvial bandada,
sobre el río sin cauce de mi anhelo.

¡Ah!, de las margaritas y **colmenas**
en la fiel confluencia de tu mano,
al sur y norte de las azucenas.

¡Ah!, del sueño sembrado de corolas
y tu cuerpo que emerge del océano
con túnica de algas y de olas.

2

El mastín de mis ojos va contigo,
va con tu sombra, va con tu mirada,
va con la huella de tu voz cantada,
con tu silencio va como testigo.

Va con tu día por el mar del trigo,
por el desierto de la madrugada,
lebre de claridad enamorada
sigo tu cuerpo y tu beldad persigo.

El **halcón prisionero de tu boca**
vuela tras las palomas de tus manos
y el **viento** azor de la pasión convoca.

Rescatado a tus límites serenos,
en la noche, **jaurías y milanos**
montan guardia de amor junto a tus senos.

3

Aquí te encuentro, amor, en la medida
de otro ser, y el color de la esperanza.
Sello contigo el pacto de la alianza
con **sangre** tuya y **savia** de mi vida.

Mi bahía lustral sin despedida,
única isla de mi lontananza,
palmera cuyo **dátil** solo alcanza
mi diestra por las olas concebida.

Amor, aquí te escribo, con las manos
del **agua**, el alfabeto de los **peces**,
sobre la esquila azul de los océanos.

Y rubrico esta **líquida escritura**
en el delta interior donde me ofreces
la claridad total de la hermosura.

4

Porque el amor no es tímida premisa
de los cuerpos en tránsito de abrazo,
sino la lluvia que desborda el vaso
y **rayo** precursor de la ceniza.

Porque el amor no es la voluble prisa,
llama fugaz del alba y del ocaso,
sino **fuego** sagrado en el regazo,
paraíso del beso y la sonrisa.

Porque el amor no es vana escaramuza
de las sombras unidas por la danza,
sino el ritmo, la música inconclusa.

Aquí el **fulgor de mi palabra**, dejo
y la arrojo a tus pies como una **lanza**
y a tus ojos la doy en cada espejo.

5

A la invasión de la palabra mía
le responde el fervor de tu mirada.
Jamás la **luz** estuvo tan callada
ni me confió más honda profecía.

Jamás el alba de tu cercanía
tuvo más **claridad** enamorada,
ni la solemne noche **constelada**
me entregó más mensajes de alegría.

Aquí junto al brocal de tus **pupilas**
estoy, ya rescatado del naufragio,
en la orilla de un mar de aguas tranquilas.

Me nombras con tus **ojos**, mientras callas,
y en el **fulgor** del matinal presagio
libro contigo todas las batallas.

6

Tu silencio es la llave de la casa
interior donde amor está cautivo
frente al río del tiempo fugitivo
que en tu mirada se refleja y pasa.

Tu silencio es la **hoguera que me abrasa**
y la clave del **fuego** donde vivo.
Cuando en la noche tu silencio escribo
la música del nombre me acompasa.

Tu silencio me sitia de lebreles
de júbilo y de tácitas bandadas,
en la proa de todos los bajeles.

Y al caracol de tu silencio asido,
el ronco son del mar deja en mi oído
un clamor de gaviotas extraviadas.

7

¡Cuántos años perdidos, lejanía
sin encontrar la solidaria huella
de tu alma en un cuerpo de doncella
y tu sombra en la **luz** de mi elegía!

¡Cuántos años de **luz** entre la umbría
del **sueño sin osar tocar la estrella**
y cuánta soledad que se querella
con mi voz que al silencio desafía!

¡Cuántos puertos sin nombre de la infancia
donde escuché el pregón de la distancia
y era del mar, mi corazón, jinete!

Y cuánto amor en tu carnal corola
cuando mi **sangre**, desbordada en ola
te repite en la boca del grumete.

8

Porque fui navegante en la canoa
sobre el mapa cordial de los esteros
todavía los vientos marineros
ecos son de una copla y de una loa.

Porque fui por los náuticos senderos
y de la mar yo fui como la proa,
antes que el gran silencio me corroa
alzo mi voz desde los astilleros.

La palabra escoltada por tambores
vuelve a fundar la litoral aldea
donde este amor era aprendiz de río.

A la deriva de tus **resplandores**,
el vaivén jubilar de la marea,
en mí acunas el cuerpo de un navío.

III
CUADERNO APÓCRIFO

CUADERNO

Al despertar del más largo silencio,
releo las **palabras escritas en el sueño**.
¿Quién guiará mis manos
sobre las hojas del cuaderno?
La **luz y el viento** son las claves.
Sangre y savia en alterno movimiento.
La melodía de los coros oceánicos,
yo la **bebí en el seno materno**,
antes de ser para el desvelo
y descender con Cristo a los infiernos.
La exigua sabiduría que poseo,
deriva de la mar en cuyo reino
soy el nocturno pregonero.

VIAJERO

El viajero baraja su naípe de postales
igual que si apostara, a una sola carta,
con el más invisible enemigo
la última **luz** que **guardan sus miradas**.

Del juego de azar y **muerte** de los viajes
sólo guarda una colección de láminas,
fotografías que son de la ceniza
que él encendió en ciudades lejanas.

Cierra los ojos el viajero
e inicia el **viaje** sin regreso.
Si hay otra **lumbre** más allá del sueño
habrá derrotado al misterio.

(La eternidad bifurca los senderos).

A UN FUNDADOR DESCONOCIDO

Sólo se sabe el nombre
del hidalgo o del aventurero
que arrojó la resaca
hacia el remoto puerto.
¿Cómo era su faz, cómo su cuerpo?
¿Era un mástil esbelto
su espíritu? ¿El desierto
comenzaba en su alma?
¿Era noble o plebeyo,
magnánimo o protervo?
Nadie propague el cuento chino,
el cuento blanco o negro:
fábula de abolengo,
leyenda que difunden,
los coros arcangélicos.
Toda ciudad o pueblo
quiere tener padres y abuelos,
igual que las mujeres
hijos y nietos.
Mi homenaje secreto
para el hombre sin rostro,
para el santo sin templo,
para el profeta
sin evangelio
que nos sembró en el tiempo,
tiene el fervor del huérfano
que sólo supo de su padre
cuando él dormía sobre el féretro.
Al fundador y a mí, dejadnos solos,
yacentes en el pozo del silencio.

TEMPESTAD

Más allá de los farallones del Dagua
se oye el fragor de la tormenta oceánica,
la conflagración de los relámpagos
sobre las grises aguas.

El rayo dibujará la nave
y el pescador llamará a Cristo
tres veces, antes
de perturbar con su atarraya
el reino del delfín y el hipocampo.

La colina donde se alza la casa
se ofrece a la ablución cotidiana
de las palmeras y las garzas
y las campanas improvisan plegarias
por las gaviotas ciegas y los hombres
que se equivocaron de barca.

ESPEJO ANACRÓNICO

El espejo heredado de mi abuelo,
su anacrónica luna sarcástica,
me devuelve la imagen falsa
que me robó de adolescente,
convertida en la máscara
del poeta que fue con Ulises
y con Jasón, el argonauta,
a la conquista del vellocinio
de las palabras.

El viejo espejo así me cobra
la deuda
que contraje en la infancia,
cuando arrojé un guijarro
contra el marco de plata
y preferí el cristal
móvil del agua
a su mínimo lago
congelado.

NIÑOS

Los niños de las ciudades mediterráneas
padecen hambre de bahías
y sed de islas
cuando miran
al mapa de las grandes
y pequeñas Antillas.
Las Bahamas,
Guananí, la Guayana
mezclan sus sílabas
con las mieles indígenas
de las guayabas y las piñas.
Al margen de la página del Atlas,
alguien escribió el trabalenguas
de las bananas y Bahamas,
las guanábanas
y Guayanas.

EL BUHONERO

El buhonero despliega su tesoro de joyas falsas
frente a las muchachas del puerto
y a semejanza del ilusionista
saca pañuelos y conejos de su hiperbólico sombrero.

En la subasta de colores
nadie al buhonero supera,
en sus éxodos sobre el mapa
con sus botas de siete leguas.

Trae consigo el buhonero
olor de comarcas distantes,
el resplandor de otros paisajes
y el tema azul de la saudade.

Cuando se aleja el buhonero
se queda viuda la mañana
y los niños en la distancia
soslayan huérfanas miradas.

EL PESCADOR

El pescador que hunde su jaula
de peces, en el sueño del agua,
se pregunta por qué los peces
no cantan como los pájaros
que construyen el alba.

Los peces prisioneros
reciben la visita
de los amigos de la infancia
igual que los cautivos de la isla
releen una carta.

¿Son las burbujas lágrimas?

Tras el juego de aletas y de branquias,
cada hora del exilio,
el pescador la tasa
con escamas de plata.

MAGIA

En el sueño luzco un ojo nuevo
y olvido el ojo que la juventud
me disputó en el viaje sin regreso.

Todo,
al ensalmo verdeazul,
toma el color de los esteros
en las islas del Mar del Sur.

En la mañana
envidio al ojo ciego
y abjuro de la magia de la luz.

VIGILIA

La soledad tiene tu nombre
y se parece a tus cabellos
y asume la estatura
exacta de tu cuerpo.

La soledad, amor, se llama
río de luz sediento
que desemboca en el estuario
nocturno de tu cuerpo.

La soledad ciñe tu sombra
y se tiende sobre el desvelo
hasta que la ola del sueño
me devuelve tu cuerpo.

EL VIENTO ICONOCLASTA

A la casa dormida,
en la hora profunda de la siesta,
penetra el **viento iconoclasta**
—prófugo de las islas natalicias—
entre un clamor de insólitas mareas.

El llanto azul del niño rescatado
al íntimo naufragio de la sangre
sale —en vano— al encuentro, sin **espadas**,
de las aéreas huestes bárbaras
que invaden celosías y ventanas.

En la fuga de pájaros fantasmas
sólo una **estatua** opone la muralla
del torso trunco a la invisible horda
y rueda ante las múltiples **guadañas**
del huracán.

El llanto infante
confluye hacia la mínima elegía
de la primera hija de las olas,
y las hojas —que caen de los árboles—
son las monedas con que paga el bosque
su forestal tributo a la belleza.

ISLOTE

Poseer una isla
—por mínima que sea—
es ser émulo de las olas,
así no tengas una canoa,
para arribar a tierra firme
y permanezcas adherido a tu casa
igual que la anacrónica tortuga.

Tuya es la fuga de los ojos perdidos
en la hora mayor de la nostalgia,
la evasión con las aves emigrantes
cuando cruzan los barcos y se encienden los faros
y alguien canta,
a lo lejos,
esa antigua balada.

En el viento, que viene de otros días
descifro los oceánicos mensajes
y vuelvo a ser el cauce desbordado
que perturba la paz de la llanura
con su pregón de puertos y ensenadas.

Cada árbol del bosque erige el mástil
de un navío, que flota a la deriva,
y en la resaca de los sueños se alza
el último clamor de los **ahogados**
sobre el desierto delta de la **sangre**.

La verdad de la aurora te subtrae
de los abismos, corazón baldío,
que fuiste por senderos subterráneos
—ciego del mar, sin río lazarillo—
expulsado del Paraíso.

Porque nunca fue tuyo aquel islote
que el agua dibujó frente a tu casa
con las manos de un niño.

YAGÉ

Bebió en la copa de barro
que una india de Saija modeló con sus manos
y coció, para el rito, al sol de los venados.
Apuró, lentamente, aquel **licor** aciago
en donde las raíces confluyen en el llanto
que la caña de azúcar desborda en las vasijas
de los contrabandistas y los atormentados.
Él quería salir de la noche del cuerpo
y encontrar el tesoro que sus antepasados
confiaron a la selva y a los demonios del pantano.

Al centro de la **sed**, el delirio de los ajusticiados,
la fuga de los **ojos más allá de los astros**.
Alguien le dictaba palabras en un idioma bárbaro,
una mujer de sombras le afilaba las manos
y el **jaguar** obsecuente le mordía los pasos.
Perdido en un país de túmulos funerarios,
él se negó a enseñar el límite sagrado
en cuya cripta el sumo sacerdote
hundió las máscaras de oro, los pectorales y los vasos.

Yació un tiempo que pudo ser lo mismo un año,
un día, sobre las **piedras** del santuario.
Cuando volvió del viaje sin itinerario,
entre el concierto nupcial de los sapos,
dijose que el sueño es la clave
del misterio, la puerta del milagro.

Todavía el sabor del yagé se ensañaba en la boca,
la **mordedura** subterránea le tatuaba los labios.

EL NÁUFRAGO

Volví a buscarte en los espejos.
Digo tu nombre al río de los ecos.
Con el buzo en la sombra me sumerjo
o pido al pescador redes y anzuelos.

Solo el agua conoce tu secreto,
la lejanía de ignorados puertos.

Estoy anclado en el pequeño espacio
de una lágrima y cada sueño
destruye el más secreto rostro,
las últimas corolas en tu cuerpo.

EL AMANTE

Juró que no traicionaría sus besos.
Ella se fue en otoño,
a la deriva del Mar Muerto,
hacia continentes remotos.
Desde entonces en primavera,
el desvelado amante loco
sólo besa corolas
y las frutas, en vano, le recuerdan
otras bocas abiertas
en la sombra.

CHIRIMIA

Melodía que toca el viento
por boca anónima del pueblo,
son triste del tambor abuelo,
indígena campanilleo
en las esquinas del recuerdo.
De improviso muy cerca, lejos,
en la plaza mayor del sueño,
confundidos con los pregones
del ciego y el organillero,
con las chirimías regreso
—descalzos pies— por el sendero
donde niños blancos y negros
ardían en el mismo fuego,
al compás de ritmos frenéticos,
o cedían a la nostalgia
en aborígenes lamentos.
Que yo también tuve diez años,
tambor y flauta en aquel puerto.

EL HERMANO (NICOMAR)

El hermano
—en la noche—
me trae
un olor de maderas balsámicas
y en su voz me traduce el dialecto
de los ríos de nuestra comarca.

Constructor de veloces navíos,
él rubrica su nombre en el agua
mientras siembra de proas esbeltas
las bahías,
de mástiles y anclas.

Su visita es fugaz pero deja
en el sitio augural de la casa
esa estela que deja en la orilla
su barca.

PUEBLO

El pueblo tiene el rostro mudable de las gentes
que lo habitan y cruzan por las calles,
de los niños que cantan en la plaza
y las mujeres que **arden en sus llamas** cordiales.
La soledad del pueblo se mide con las aguas
del río que llena de música las casas
o convoca el coro de los ancianos
en el espejo roto de una lágrima.

Encajaría de una celeste araña,
las nubes del pueblo son más blancas
cuando las sueñas, después de haber morado
en otros pueblos y ciudades del mapa.
El pueblo tiene entonces la edad de la fábula
y recibe los nombres que le da tu nostalgia.

LA HERMANA (BEATRIZ)

La hermana que regresa del Istmo
despierta la añoranza
de una caja de música
y tiene la estatura de esa historia
aprendida en el libro de la infancia.
Sus ojos vagamente nos hablan
de las islas que nacen
en los mares del sur cada mañana,
a las que ella cantarí
—como si fueran nietas suyas—
la más hermosa nana
si el viento del valle
la acompañara con las flautas
de las cañas fluviales.

Pequeño pomo de fragancias,
llena el último rincón de la casa
el olor de santidad de sus palabras.
Al apagar la confidente lámpara
pregunta mi mujer, desde su lecho,
si no percibo un vuelo de gaviotas
en torno a las ventanas,
y yo respondo que son las garzas
que llegan retrasadas
a posarse en la rama del alma.

Cuando vuelva mi hermana de otro viaje,
le rogaré que repita esa fábula
donde la protagonista es el agua
y el río Cauca enseña al Magdalena
la magia blanca de la nieve
que, al emigrar de la montaña,
se transforma en corolas de olas
y en ramo de espumas oceánicas.

JAULA

En el sueño, despierto,
en la distancia
el silbo de los pájaros,
la flauta
azul abre la puerta clausurada
y me devuelve todas las ventanas
que yo cambié por una bandada
de miradas falsas
y por los abalorios
de ultramarinas mañanas.
Lejos del mar,
la sensación del **agua**,
del **viento** traficante en la ensenada;
el silencio me dona su jaula
en donde yacen las palabras
que yo confíé en las plazas
a la memoria tornadiza
de las tribus amaestradas.

LABRIEGO

Mi amistad con los árboles
data de aquellos días
en que el **agua** venía a despertarme.
La selva de mi sueño cernía claridades
entre el concierto de las aves
y los ecos fluviales
que volvían del sur,
desde mi padre.

Selló pacto de honor,
sin humanos testigos,
la savia irrestañable con mi **sangre** encallada.
El **hacha** no esgrimí jamás para la tala
ni me entregué a la orgía de forestales **llamas**.
Yo juro por las hojas y las páginas blancas
que mis manos están limpias de **savia**.

MÁS ALLÁ

Más allá de los árboles danzantes
en las brisas unánimes de agosto
crece el bosque interior, cuyos rumores
guardan la huella del antiguo coro.

Cuando el reloj se calla en la penumbra
puedo escuchar la advocación del viento
y vuelvo a ser el árbol solitario
a la orilla del río de mi sueño.

De otro ciclo de luz, de otra ribera
a mí tornan las sombras olvidadas
y entre el vaivén fluvial de las palmeras
retorno hacia las islas de la infancia.

Cierro los ojos en el mediodía
y abro mi corazón para el milagro
y el corazón, que fuera a la deriva,
derrota las vigiliass del naufragio.

HOJA DE CAUTIVERIO

El prisionero pertenece al pasado.
No vive en el presente.
Habita en el futuro.
La pantera en reposo
y el puma entregado a la siesta,
no están más solos que el cautivo
detrás de los barrotes de la celda.
Llegan hasta la fiera las miradas curiosas
en profusión de insectos,
en invasión de pájaros piadosos.
La libertad es la palabra
que balbucea la voz de la esperanza
y el eco del viento se convierte
en pregón de la fuga
para el que yace encadenado.
Sólo el mar con su música profunda,
en el sopor de las islas nocturnas,
le dice —con la voz del sueño—
que mañana, la luz del alba
lo absolverá de toda culpa.

EPÍLOGO

Tengo que seguir las huellas de las aves
hasta encontrar la paz de las palomas,
caligrafió Martín Gorgona
—en el cuaderno apócrifo—
para lección de pájaros habladores
y locutores anónimos.
(El cielo se vistió de verde
al paso de locuaces bandadas
de loros y de guacamayas).

Lo demás pertenece al misterio
de la página en blanco
donde el adolescente marinero
dibujará sueños y faros,
apresaré nubes y barcos
y silencios enamorados.

I V

MÚSICA DE PERCUSIÓN

GÉNESIS

Madre negra
gestada en las tinieblas,
esbelta imagen de la tierra,
mancha de tinta
el cuerpo sobre la estera,
tu sombra participa de la sombra
enamorada que te besa.
Cuando al hijo nacido de tu noche
su **boca hambrienta**
hasta el pezón acerca
y succiona la leche materna,
es como si bebiera,
gota a gota,
la savia de la aurora
en la copa del Génesis,
remota abuela,
Eva negra.

COCTEL

Coctel de razas en el trópico:
el indio, el negro, el español,
gota de **sangre** aborígen,
africana **savia** y sudor,
vino que desborda el ímpetu
rapaz del conquistador
que el azar mezclaba y mezclaba
en las ánforas del amor.
Cuando regreso de la selva
escucho en mí la antigua voz
de aquel orfebre que mis sueños
en una máscara fundió,
pero si en las noches escucho
de los ancestros el **pregón**,
desata el **viento las hogueras**
sobre mi piel, sobre el tambor,
mientras la **sed inextinguible**,
el **hambre** infinita de Dios,
en la vigilia de los puertos
se hacen anónima canción
en la boca del marinero
y en la boca del pescador.
Turbio coctel de tres estirpes
soy.

MARIAN ANDERSON

No sé si vives o estás muerta,
si crees o niegas a Dios,
si eres fecunda o tierra yerma,
tan sólo sé que oigo tu voz
en la versión ultramarina
de Londres o de Nueva York,
igual que el mar de los zargazos
oí a través de un caracol.

Alzas la voz, torre de ébano
que corona el antiguo sol,
árbol de sombra en cuyas ramas
se posa un negro ruiñeñor
y el Zambese de la penumbra
baña el delta del corazón,
Amazonas de las tinieblas,
río Ganges de la canción.

Estamos solos, Marian Anderson,
en la noche, solos, tú y yo.
Tú me redimes del insomnio,
Marian Anderson, con tu voz
yo me liberto del olvido
y del silencio, con tu voz.
Tu voz del cielo y del infierno,
tu voz, tu voz.

GANARÁS EL PAN

Si el tatarabuelo bantú
la bisabuela de Sudán
resucitara en Chambacú
o reencarnara en Popayán,
qué competencia, qué afán
por ganar el duro pan
como tú
como Juan,
el zulú
y el mohán,
aquí o en Calatayud
en Harlem o en Paquistán.
Y todavía tarareas
la tonadilla ancestral
mientras en todas las aldeas
del litoral,
entre el batir de las mareas,
la vida cumple su ritual
como tú,
como el clan,
sin tabú
ni Dean,
sin vudú
ni tam-tam,
en Pekín, Roma y Moscú
Jerusalém o Bagdad.
“Aunque mi amo me mate
a la mina no voy”,
cantaste ayer, pero hoy
el hambre late y combate
—negra jauría— en las plazas,

las fábricas y el taller
y ya no hay Padre Las Casas
y hasta San Pedro Claver,
si volviera a Chambacú,
tendría que ganarse el pan
como tú,
como Iván,
el bantú,
el alemán,
aquí, allá o en Corfú,
en Guapi o en Popayán.

NAYIBE

El poeta tu nombre escribe
en los árboles y en la ola
y en las canoas lo enarbola,
Nayibe.

El **fuego** del sur te concibe
y en tu noche el **fulgor se inmola**
y a tu nombre da su aureola.
Nayibe.

La sombra que en tu cuerpo vive
tu nombre enseña al alba sola,
hija de Naya, azul corola,
¡Nayibe!

GLOSA

“Si ves a un blanco comiendo
de un negro en la compañía
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida”.

Culpa a la gente coplera
que acuñó el prejuicio horrendo
de juzgar a la ligera,
si ves a un blanco comiendo.

Nada importa que el banquete
sea de noche o de día,
lo mismo te compromete
del negro la compañía.

Hablarán de suma y resta,
de intereses y reintegro
y te dañarán la fiesta
si el blanco le debe al negro.

Propalarán la conseja
la hembra honesta y la perdida
y el mozo dirá a la vieja
que es del negro la comida.

Si ves a un blanco y a un negro
compartir techo y cocina
es porque, al fin, derrotaron
la esclavitud y la inquina.

ENCUENTRO

Alejandro y Simón,
Bolívar y Petión
son la misma verdad
en **sangre** y corazón
y en la humana ecuación
de libertad.
Venezuela y Haití,
Haití con Venezuela
se consumen aquí
en la misma candela
y la isla en sazón
se hace fruto y canción
tras el acíbar
que vertió la traición.
La negra mano de Petión
se une a la mano de Bolívar
en el pacto de redención
y la caña se da en almíbar
como si
la buena tierra de Haití
brindara aguardiente y ron
por el presidente Petión
y por el general Bolívar.

FRANCISCA

¡Francisca, Francisca, Francisca!,
cuando mueves la grupa arisca
cual si aprendieras el can-can,
toda mi **sangre** levantisca
asume **garras de huracán**
y entre la lluvia y la ventisca
se fuga tu cintura arisca
de la red del nocturno afán.

Sabes, Pacha, que soy la racha
que por ti asciende al arrebol
y que si estás conmigo, Pacha,
me hago silbo de caracol,
que si me miras tú, muchacha,
giro en la órbita del sol
y tu palabra me emborracha
más que alcohol, más que alcohol.

Entonces ya no soy yo, Francisca,
ni eres tú la esquivia muchacha
y tu sonrisa me confisca
y tu caricia me empenacha,
soy el **machete** y soy el **hacha**,
soy el bantú y soy el muisca
para talar tu selva virgen,
Pacha!

MISA NEGRA

Al carnal sortilegio de tu magia africana
en vano opongo al auto de fe de los abuelos.
Tus ojos abisinios me soslayan los cielos
y tus manos etíopes frenan mi caravana.

Tu lengua me traduce la voz de la campana
a un idioma de pájaros en los alternos vuelos
de ave y de nave anclada, en todos mis desvelos.
En tus venas el Nilo Azul canta una nana.

Sobre el ara del trópico nueva sacerdotisa
de la ancestral liturgia, concelebras la misa
negra de los amantes, su rito de serpientes.

Partes en dos la sombra con tu luz prohibida
y en la danza desnuda de los cuerpos yacentes
concibes la simiente del árbol de la vida.

NANAS LITORALES

Regresa el aire y no se atreve
a librar su combate con la lluvia.
La tarde se hace música de cámara
en las casas que habita la penumbra.
Cada gota de lluvia es una nota
para esa melodía que nunca
enseñarán las últimas marimbas
a los ríos de otra llanura.
Sólo el árbol que calla
desde el principio de la noche trunca
enseña a la brisa esa nana
que cantarán voces futuras.

Entonces, de las sombras absolutas,
nace y renace la canción de cuna.

1
Viento, viento, viento
que vienes del mar
arroja ese traje
nocturno de sal,
vístete de espuma
y esparce azahar
porque el niño duerme
y empieza a soñar.

Viento de arrecifes,
gris lobo de mar,
olvida el naufragio,
déjate de aullar,
vístete de espuma
y entona un cantar

porque el niño duerme
y empieza a soñar.

2

La nana olvidada
del **viento** del sur
que arriba a tu casa
vestido de **azul**,
te la cantarí
con flauta y laúd
si cierras los ojos
y te duermes tú.

Ya canta su nana
el viento del sur:
las frutas de Chile,
plata del Perú
y todas las islas
que son de la **luz**,
te daré, mi niño,
si te duermes tú.

3

Brisa de mis ríos
con voz de mujer
que arrullas las aves
y acunas el **pez**,
la canción de cuna
del amanecer
en torno al infante
entona otra vez.

Brisa de los ríos
que son de mi sed,
alada nodriza,
enséñale a él

como tú a danzar,
como tú a correr
y después arrúllalo
con voz de mujer.

4

Agua del estero
vestido de sol
que entre los manglares
educas tu voz,
enseña al infante
—do-re-mi-fa-sol—
la primera nana
que oyó el caracol.

Agua de la lluvia
preludio del sol,
rocío-arcoiris,
agua sin rencor,
enseña al infante,
en nombre de Dios,
la nana primera
que oyó el caracol.

5

Nana de las olas
que niño aprendí,
que canta el río Saija,
el Naya, el Guají,
nanas del Micay
y de Telembí,
si no lloras, niño,
serán para ti.

Nanas litorales
que niño aprendí

y el agua repite
adentro de mí,
las nanas de Guapi
y de Timbiquí,
si te callas, niño,
serán para ti.

SUITE VALLECAUCANA

PRELUDIO

Tierra que mana leche y miel,
nuevo país de Canaán,
la luz traza con su pincel
caminos que vienen y van.

Como en la mar el ojo fiel
no tiene límite en su afán
y el agua se hace mujer y el
viento doncel se hace galán.

La palmera de la pradera
marca en la noche la frontera
del ósculo y de la canción.

Patria azul de la primavera,
izarán tu verde bandera
mi corazón, tu corazón.

ACUARELA

Una orquesta de pájaros fluviales,
la miel que hace la caña
y el agua que traduce en madrigales
la voz de la montaña.

La luz para la cita del paisaje
exalta la palmera
y en la canoa sigo lento viaje
por la feliz ribera.

Azul pintor el cielo sobre el río
ensaya la acuarela,
pero soy de la **sed** y del **rocío**
en la estival candela.

Vierte en mi boca el amoroso vino
de tus humanas viñas;
¡yo soy la sombra que perdió el camino
y encontró tus campiñas!

VILLANCICO

La colina se hace párvula
y el otero adolescente
mientras los tres reyes magos
galopan hacia el poniente.

Senderos al sur y al norte
sus brazos desnudos tienden
y en el corazón del valle
la nochebuena florece.

Sobre ciudades y aldeas
la estrella vigila siempre
y el rumor del río Cauca
acuna barcas y peces.

Taño la caña de azúcar
su villancico perenne
y una bandada de garzas
se arrodilla en el poniente.

BAMBUCO

Nuestra aldea creció cerca del río,
se mira en el espejo de las aguas
y conoce los nombres de los bosques
y los hombres que pueblan la comarca.

Nuestro pueblo brotó de la llanura,
pintó de cal las puertas y ventanas
y en cada casa blanca una doncella
nos repite la **lumbre** de la infancia.

Cuenta el viento a los árboles frutales
el **nombre azul del pájaro** que pasa.
Caminante, detiene tu fatiga
bajo el verde rumor de las acacias.

Lléname de la música profunda
y aprende la lección del río Cauca
que le enseña a danzar a las canoas
al compás de los ritmos de la patria.

CURRULAO

Soy del puerto y soy Matea
y por la gracia de Dios
la noche en mí se recrea
como en el canto la voz.

Mi cuna fue una batea.
Crecí libre bajo el sol
y ante el viento que me orea
yo doy fe del caracol.

Tallada en litoral brea
por anónimo escultor,
en mi **sangre** la marea
es espejo del amor.

En la ciudad y en la aldea
si al currulao me doy,
entonces no soy Matea,
tea, tea humana soy.

PREGÓN

Pregón de claridad, labio incesante.
Toda noche de Cali es nochebuena.
Cruza el aire vestido de colmena
y el río Cauca es caballero andante.

Toma cuerpo la miel itinerante,
sulamita del trópico, sirena
de la luz que por ti se hace morena
y abandona su casa de diamante.

Aquí será siempre domingo el día
y la tarde será siempre diciembre,
fiesta del alba y de la lejanía.

Simiente vertical en la llanura,
cada estrofa o espiga que yo siembre
tendrá el mismo verdor de tu hermosura.

CANCIONERO SECRETO

1

Se posa en mí **la hoja**
de la palabra y oigo
el comentario **de la savia**,
en torno a las **corolas**
precursoras del trino de las aves.

Cae la **gota de rocío**
de la palabra y oigo
la **voz azul del agua**,
en torno a las mareas
que predicen la forma de las islas.

Regresa el ala errante
de la palabra y oigo
la confesión del **viento**,
en torno a la **llanura**
donde está la simiente de la casa.

Retorna el son profundo
de la voz en la lluvia
y yo entreabro **las puertas**
de los cinco sentidos
al rumor de la copla.

2

El ceremonial del suspiro
trasciende más allá del grito
en la frontera disputada
a la niebla de los abismos.

De los adioses nada resta
en el ritual de la distancia
lo mismo que los conjuros
de religiones olvidadas.

Alguien calla en el yermo íntimo
sin lágrimas ni golondrinas
y el **viento seco** dispersa
las corolas de la marisma.

3

El huésped soy de tu recuerdo
habitante de tu memoria
y a ti regreso por el cauce
de tu silencio y de la sombra.

Si a otro país tú desertaras
o emigraras a otro planeta,
en cada sueño tú darías
testimonio de mis **estrellas**.

Ahora que llevas otro nombre
y que tu amor se da a otra **llama**,
el eco mío te persigue
en la penumbra de tu casa.

Entre las músicas secretas
mía es la página del libro
y en el combate de tu ausencia
el amor derrota al olvido.

4

Íbamos
de la mano
del sueño.

Fuimos
eco
del verso,
tiempo
de olvido.
Somos
secreto
testimonio
del **fuego**.

5

La rosa roja
se moría en tus besos
y la magnolia
renacía en tu cuerpo.

A tu aldea retorno
y a tu casa **penetro**
y la **brisa** me entrega
los jardines secretos.

6

Partes en dos el sueño
con la **espada encendida**
del codiciado cuerpo
en conjunción de **soles**,
de **lunas** y de espejos
y de **ríos sedientos**.
En el preludio íntimo
doy testimonio cierto
de la infinita **llama**
y el **resplandor de acero**
de tus ojos desnudos
y el laberinto ciego.
Apercibo la aljaba
para el eterno arquero.

Mis bandadas de **flechas**
cruzan bajo tu cielo
en profusión de nubes
y de tambores ebrios.

Saetas de palabras
en torno a tu silencio,
son las caricias armas
en el nocturno asedio,
aves son de rapiña
las bocas y el deseo.
En la floral batalla
rendido y prisionero,
vencida y victoriosa,
en el vital **incendio**,
tú me ofreces la tregua
de tus brazos abiertos.

Y firmamos la paz
con **leche de tus senos**
hasta que el gallo irrumpa
con su clarín de **fuego**
y nos lance al combate
del alba y de los besos.

7

Paraíso del rostro:
la frente, la mirada,
bosque de los cabellos,
la miel de la palabra
y el salmo de tu cuerpo
que estoy rezando
con mis manos.

8

Me encontraré en tus ojos
al fin del laberinto.

Te hallarás en mis ecos
al final del sonido.

¿De qué sirven las manos
al fondo de los ríos
y para qué el silencio
al centro del abismo?

Deja brotar la **savia**
en arroyo sumiso
si quieres redimirme
del sueño de estar vivo.

CANCIONES SIN ECO

1

CANCIÓN

La primavera
se detuvo en tu boca
y espigó en tus cabellos.

El verano
ardió en la misma **llama**
de tus labios.

El otoño:
sembrador de violetas
para tus ojos.

No hay invierno
en el humano Paraíso
de tu cuerpo.

Cuatro estaciones
y una canción sin eco.

2

MADRIGAL UMBRÍO

Amo tu piel, su terciopelo umbrío
que concentra las sombras,
la tibia piel, su confidente río
que fluye si me nombras.

Amo la tierra virgen de tus **senos**,
la flora de tus manos,

al regreso de cármenes morenos
y de cuerpos lejanos.

Amo la noche inmersa en tus miradas
—anturios del desvelo—
yo, el buzo de las noches **consteladas**,
el náufrago del cielo.

Amo la sombra que me transfigura
más allá de tu ser,
humano continente de hermosura,
la tierra hecha mujer.

3

EPITALAMIO

El amante secreto de la noche
asumirá la horizontal del lecho
hasta que el alba llegue a libertarlo
de la red, que urdieron en la penumbra,
las manos incansables y los besos.

Desnúdate, sulamita,
en la sombra nupcial
de la primera cita.

Lo guiará en la noche solidaria,
sin lámparas y sin espejos,
el aroma que aprendió de su cuerpo.

Desnúdate, sulamita,
en la sombra floral
de la primera cita.

La guiará en la noche inconclusa
el vuelo de su cabellera

suelta, por las manos del viento.

Desnúdate, sulamita,
en la sombra irreal
de la primera cita.

Lo guiará en la noche absoluta
el rumor del río en las piedras,
única brújula del ciego.

Desnúdate, sulamita,
en la sombra fluvial
de la primera cita.

El amante secreto de la noche
entregará sus miradas al sueño
para burlar los heraldos del día
que a redimirlo vienen de la hoguera
que encendieron las manos y los besos.

Cierra las puertas sulamita,
en el alba inmortal
de la cita infinita.

4

ELEGÍA

Desnuda sobre el lecho de caoba
—llama en la cima de la esperanza—
confías que el fervor de la vigilia
rompa el cristal del alba.

Depositaria de la íntima **lumbre**,
en ti principia y acaba el **fuego**,
sin dar a luz la palma o el arbusto
en el nocturno **incendio**.

Soy la sombra ancestral que te rodea
las almenas sin muros de tu cuerpo,
aldea del amor y las palomas
sin lácteos manantiales en los senos.

Mejor así para que el surco tuyo
no dé frutos al hambre y al tedio.
Cerrada la puerta, al fin de nosotros,
nadie repetirá las canciones sin eco.

5

EPITAFIO

Los días se vestían con su nombre.
La noche solidaria con su cuerpo
iba desde la flor a la caricia
hasta la luz dormida en sus espejos.

Era fiesta de su alma cada aurora.
Su palabra leal a la belleza
aprendía en los bosques interiores
la sentencia del pájaro y la abeja.

Confluencia solar de las miradas.
Como sus ojos eran para el sueño,
hacia los hipogeos y los mitos
descenderé sin trasegar el fuego.

Encadenada al mineral silencio
-jauría de mi llanto y de mi grito-
aquí erijo su estela de fragancia
en la orilla frutal del Paraíso.

Aquí lego al fulgor la trunca sombra
antes que sea para la ceniza

y me pongo a inventar para su boca
nombres que fueron de la lejanía.

6

LOS AMIGOS

Los amigos no volverán a compartir la vigilia
ni me acompañarán al encuentro del alba
cuando el rocío tiembla sobre las palabras
y el sueño abre su corola sonámbula.

Carlos inició la fúnebre marcha
con el poema inconcluso quemándole las manos
con la ceniza milenaria.
De él aprendí que la poesía
como Dios está en todas las patrias.

Rodrigo fue **talado por el fuego**
tras de morar en sucesivas **hogueras**.
Entre reminiscencia y epigrama
de él aprendí que la sonrisa
tiene el mismo poder de las **espadas**.

Benjamín amó tanto la vida
que la apuraba a sorbos y la prodigaba
en una lluvia de monedas de plata.
De él aprendí a creer en el hombre
y a desconfiar de las **estatuas**.

Tres nombres me acompañan
mientras llega desnuda otra mañana.

MÚSICA DE PERCUSIÓN

1

Esta canción del río mío
se la lleva el **viento** a la mar
y la nube de otro cantar
me la devuelve en el rocío.

Aquí la voz
aprendió la primera soledad
y deletreó la claridad
ultramarina del adiós.

Aquí olvidé más de una vez
del ángel mío la leyenda
para seguir la sola senda
del pez.

Todavía el tambor
de la lluvia que se desata
me recuerda la serenata
del apócrifo ruisenior.

Su coplerío
de nácar, de plata y cristal
todavía me dicta el **río**
desde su cátedra fluvial.

Creció conmigo y fue el amigo
del buen tiempo y la mala edad
el río que será testigo
de la postrera soledad.

2

Por la llanura
fui al encuentro del alba
con la hermosura.

Por la ribera
fui a la cita del viento
con la palmera.

Por tu sendero
fui a la cita del río
con el **lucero**.

Sobre la orilla
todavía yo espero
la maravilla.

3

Vengo de la ciudad
a lavarme los ojos
en el aire del mar.

De la ciudad yo vengo
a lavarme las manos
en el **crystal del viento**.

De la ciudad yo vengo
y me doy a las olas
en alma y cuerpo.

4

Negro y blanco,
blanco y negro,
el cantar tiene el color
de los abuelos.

Blanco y negro,
negro y blanco,
color de ron
y tabaco.

Color de la golondrina,
negro y blanco
es el cantar
del mulato.

Prisionero de los días
y de las noches esclavo,
sólo soy libre
si canto.

5

A la vera del río
vengo a cortar la copla
que yo sembré de niño.

A la vera del agua
con el **cuchillo**
de una lágrima.

A la vera del río
del olvido.

6

A la orilla del río
de la canción,
a la orilla del río
mi corazón
(En la verde liturgia
de la pasión)
fue atávico instrumento
de percusión.

La marimba del agua
con su bordón
y el timbal de la selva
con negro son
acordaron el ritmo
del corazón,
a la orilla del río
de la canción.

SEMANARIO

LUNES

La patria me dio un río
que confundí con el espejo.
Me dio mi padre un nombre
que confundí con una espada.
Dos ojos me dio el sueño
que confundí con las **estrellas**.
Me dio mi madre la esperanza
y me enseñó a unir palabras
como los trozos del espejo roto
que me dio el agua.

A nadie inculpo, ni a mi padre
que me lanzó a esta batalla,
ni al desvelo que así me roba
las dos estrellas heredadas.

MARTES

A veces dudo de la palabra
y proclamo la monarquía del silencio.
Mas el hombre es el verbo
que la mujer conjuga en secreto.
La duda es esa vieja **espada**
que alguien te clava
en el pecho.

MIÉRCOLES

Si hubiera sido un héroe,
en mi cincuentenario
el pedestal de la estatua,
florecería en una falsa
primavera prefabricada.
Si hubiera sido un monarca
de la industria o la banca,
en los balcones de mi casa
las banderas, izarían sus alas.
Pero nací poeta
y en el día me bastan
el beso de la amada
y el telegrama
de algún amigo
de la infancia.

JUEVES

No dejes que una lágrima
o una gota de **sangre**
manche la página
donde yace el fantasma
que en el sueño te mata.

VIERNES

Si te sorprende el alba
con el libro entreabierto
no permitas que el día
propague tu secreto.

Cada página del desvelo
pertenece a un capítulo
del libro de los sueños.

SÁBADO

¡Ay, del que adora 365 dioses falsos
o adora cada día del año
al becerro dorado!
Líbrate de los profetas interplanetarios
que te ofrecen el reino del espacio
a trueque de la libertad
de tus hermanos.

DOMINGO

Este domingo
regreso al secreto oficio
de trazarle caminos al olvido.
Un nombre silbo
con la vocal del trino,
un nombre, casi un río
que desemboca
en el estribillo
de las marimbas rescatadas
y los tambores perdidos.
Un nombre que no digo
porque otras bocas
pueden maldecirlo.

MAGIA NEGRA Y MAGIA BLANCA

I. COPLA

La marimba en la marisma,
la maraca en la resaca
—mar y mar y mar y mar—
cuando se apaga la **tea**
crepuscular
y alguien —con manos de brea—
enciende sobre el tambor
la copla de amor-amor:
Agüita a media marea,
agüita a media vaciante,
agüita que vas a Guapi
dale un abrazo a mi amante.

El viento parafrasea
la canción itinerante
mientras la sombra emigrante
se hace carne y se hace idea
y el carbón gesta el **diamante**
de una lágrima en la aldea
en donde yace mi amante:
agüita a media marea,
agüita a media vaciante.

II. NIÑAS NEGRAS Y PÁJAROS VERDES

Son dos **lunas** de sombra,
son dos manos de tierra
que jugaban al trébol de las hojas
pequeñas de la **gran** selva,
cuando la magia negra de la noche
transformaba esmeraldas secretas
en pájaros y en banderas.
Con red de cazar mariposas
las captó –en el preludio de la siesta–
el amante de las tinieblas
y la penumbra sin **estrellas**.

Corolas de asombro sus rostros,
ramas en flor del árbol negro.
Los brazos afluentes del reposo
tiendo hacia ellas, si estoy solo
y penetro hasta el fondo
del cuadro y percibo –absorto–
la palpitación del arroyo,
la respiración de los **peces**
en los estanques remotos
y rindo alado testimonio
de la luz navegante en sus arterias
bajo el **azul** del traje proceloso.

Después, no sé si el cantar oigo
de las infantas o si escucho el coro
de la bandada que imagino, en torno,
y soltarían los pájaros verdes
si las niñas cerraran los ojos.

III. ENSALMO

Contra la picadura del insecto,
la amenaza del tigre y de la víbora,
yo te conjuro, negro.

Contra la sumisión al extranjero
y el discurso del demagogo,
yo te conjuro, negro.

Contra el agua del mar y del estero
y las fauces del tiburón famélico,
yo te conjuro, negro.

Contra los agentes secretos
y vendedores de indulgencias,
yo te conjuro, negro.

Negro del socavón y los esteros
del Mar del Sur y los ingenios
azucareros, negro, negro.

Olvida el ensalmo y confía en tu perro
y en tu mujer color del sueño
y rompe las cadenas del silencio.

IV. MAGIA BLANCA

Osé tocar el **río de los sueños**
hasta que el tiempo se trocara en cábala
y en ola reencarnara la fábula.
Fluí por las orillas de otros cuerpos
y fui la **sed** en los deltas del alba.
Cautivo de la red de los días
—entre los hipocampos y las algas—
me circundan medusas y naufragios
y hay alcatraces prófugos de mi alma.

¿Acaso el hombre no es el antiguo mito
que se renueva y se adelanta
hacia la pleamar que no se acaba?
Si alguien pregunta por mis orígenes,
decidle que mi madre es el **agua**.

V. MAGIA NEGRA

La mujer en la dajagua
el varón tras de la guagua
y la guaca, entre la fragua
solar y el foete del agua.
Guasa de lluvia el guasá,
la guacharaca, gua-guá
de aguardiente y de guarapo,
vida perra y hombre guapo:
Río Guapí sólo hay uno,
alardea el del cununo,
porque siempre va con uno
aunque le digan adiós.
Yo sin odio bebo y fumo
si consumo
el ritual de la marimba
y la guacamaya de humo
vuela desde la cachimba
y a la solidaria voz
del tambor y del cununo,
cada uno
baila con una, con dos,
hasta que el gallo importuno
saluda al día precoz.
¡Río Guapi sólo hay uno,
lo juro por Dios!

VI. CROISSANT DE LUNA

Me desvela con su alquimia de espejos
y el sortilegio **azul de las fogatas**,
Pierre Moraviah Morpeau, en la noche,
desde el norte y el sur de la nostalgia,
y la magia insular de Haití
conjura el hechizo del mapa.
Para el anturio negro del poema
traía en los ojos **un brillo de lámparas**.
Todo cuanto miraba, participaba de sus **llamas**.
Todo lo que él rozaba con sus **labios sedientos**
se trocaba en **reflejo de galaxias**.
Si hubiera sido gladiador se llamaría Espartaco
o príncipe heredero de una nocturna Atlántida
y a nuestro padre Simón le abriría
de par en par las puertas de su patria.
Lo escolta el tam-tam del Vudú,
la verde sombra de las cañas
lo sigue por las calles y plazas.
Almirante sin barcos, jinete sin caballo,
libra con sus palabras las últimas batallas.
Todo cuanto él roza con sus manos
—libro o jardín, piedra o muchacha—
asume el **resplandor de una pira** sagrada.
Con el croissant de **luna** de mi firma
que él intuyó en sus cartas,
rubrico esta votiva página,
y la fecho en el Valle del Cauca.

VII. SORTILEGIO

Con la uña de la gran bestia
y la coraza del caimán;
con el hueso viril del cusumbí
y el plumaje del pájaro mancuá;
con el elixir de naidí
y la soga de mandivá;
con el maná del chaupisá
y la insurgencia del pildé
me enfrento a cien,
me enfrento a mil,
al vil reptil,
a ti, mujer,
y a Satanás
y con la señal de la luz
que irradia la Cruz del Sur
también desafío al mar
y venzo al pez
y al vendaval
y callo en paz
por los sueños de los sueños.
Amén.

VIII. ESTELA FÚNEBRE

Sobre la tumba del negrero desconocido,
el látigo convertido en víbora
y la cadena en soga de ahorcado,
recordarán al arqueólogo futuro
que Dios no azota ni lapida
a quien hizo un esclavo de su hermano
y lo vendió por 30 denarios,
que lo condena al martirio
de convivir con la serpiente
en la ignominia del patíbulo.

IX. EMBIL

La llama del embil
me libró de la cueva
nocturna del reptil.
Pequeña luna nueva
con su lumbré me lleva
de regreso a las “Mil
y una Noches”.
Sutil
propagaba su pregón Aladino,
mas no quise cambiar mi destino
por una lámpara vil
y proseguí por mi fluvial camino
guiado por la **llama** del embil.

X. EL HERMANO-MAYOR

Piloto sobre la canoa,
domador de la selva y del pantano,
sólo el viento negó la proa
del Hermano Mayor, el hermano
de la mujer perdida
y la madre ganada,
del amo de la vida
y del que nunca tuvo nada.
El Hermano Mayor
trocó por un tambor
el arpa de David
y la espada del Cid
por la caña del pescador
y consumido de amor
por el negro, el mulato y el cholo,
la cruz de todos cargó solo
y fue la voz de Juan en el desierto,
hombre-bahía, mar y puerto,
en oblación de fruto y flor,
la boca abierta en el clamor
y ojo en vigilia de fanal.
Que nuestro Hermano Mayor
abogue ante Nuestro Señor
para que el hombre litoral
derrote el hambre y el error,
en el duelo entre el bien y el mal.

PRELUDIO DEL SILENCIO

Me estoy fugando de la **luz** y el aire
—cuerpo sin vano rostro—
te evades de la sombra y de la **piedra**
en el naufragio del espejo roto
y al alba —si preguntan
en la ribera por nosotros—
alguien dirá que somos
memoria de la niebla,
tambor del **viento** sordo,
ventisca sobre el yermo,
lluvia en sediento pozo,
sombra de **árbol talado**,
estribillo sin coro,
testimonio de ciego,
profecía de locos,
dispersada ceniza
al galope de un potro,
encallado navío
de un islote remoto,
preludio del silencio,
silencio y polvo.

INDICE

EL POETA DE LA SED	
Fredo Arias de la Canal	VII

ATRICIÓN	1
----------------	---

I

LOS PREGONES DEL MAR

Neruda	5
Signo del pez	6
Tayrona 70 (fragmentos)	10
La catedral sumergida	12
Reloj de arena	14
Los pregones del mar	21

II

PLIEGO SELLADO

Escrito sobre el viento	27
Nuevo arte de amar	30
Los conjuros	36
Sinaí 1974	38
Escrito sobre el agua	40
Fechado en una isla	42
Sonetos del grumete	44

III

CUADERNO APÓCRIFO

Cuaderno	51
Viajero	52
A un fundador desconocido	53
Tempestad	54
Espejo anacrónico	55
Niños	56
El buhonero	57
El pescador	58

Magia	59
Vigilia	60
El viento iconoclasta	61
Islote	62
Yagé	64
El naufrago	65
El amante	65
Chirimia	66
El hermano (Nicomar)	67
Pueblo	68
La hermana (Beatriz)	69
Jaula	70
Labriego	71
Más allá	72
Hoja de cautiverio	73
Epílogo	74

IV MÚSICA DE PERCUSIÓN

Génesis	77
Coctel	78
Marian Anderson	79
Ganarás el pan	80
Nayibe	82
Glosa	83
Encuentro	84
Francisca	85
Misa negra	86
Nanas litorales	87
Suite Vallecaucana, Preludio	91
Acuarela	92
Villancico	93
Bambuco	94
Currulao	95
Pregón	96
Cancionero secreto	97
Canciones sin eco:	
1. Canción	102
2. Madrigal umbrío	102

3. Epitalamio	103
4. Elegía	104
5. Epitafio	105
6. Los amigos	106
Música de percusión	107
Semanario	111
Magia negra y magia blanca:	
I. Copla	114
II. Niñas negras y pájaros verdes	115
III. Ensalmos	116
IV. Magia blanca	117
V. Magia negra	118
VI. Croissant de luna	119
VII. Sortilegio	120
VIII. Estela fúnebre	121
IX. Embil	121
X. El Hermano-Mayor	122
Preludio del silencio	123

Esta segunda edición de 500 ejemplares de
MÚSICA DE PERCUSIÓN
por
Helcias Martán Góngora
(Premio José Vasconcelos 1980)
con prólogo y análisis arquetípico de
Fredo Arias de la Canal
terminó de imprimirse en
mayo de 2004
a veinte años de la muerte del poeta.

La edición de la presente obra estuvo a cargo de
Daniel Gutiérrez Pedreiro

Revisión de textos
Silvia Patricia Plata

La supervisión de la producción estuvo a cargo de
Antonio Martínez Hernández

Para la formación de los textos se utilizó la tipografía
Times New Roman de 11 puntos en el programa Word Perfect 9.

Los interiores se imprimieron en tinta negra sobre papel bond,
la portada a una tinta sobre cartulina sulfatada.